

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



## EUROPA Y LA IGLESIA

Centenario del  
decreto «Sacra  
tridentina synodus»,  
de san Pío X

Cardenal  
Ratzinger:  
fundamentos de  
Europa

La Cristiandad  
en la Edad  
Media

Paz de Westfalia:  
un cambio  
definitivo

San Claudio  
la Colombière  
y el Corazón  
de Jesús



ECCLESIA

«Si Europa quiere resurgir, ¿no será necesario que restablezca en sí misma el vínculo entre la religión y la civilización?»

Año LXII- Núm. 883  
Febrero 2005

Pío XII: Audiencia a los asistentes al II  
Congreso Internacional de Federalistas (11 de  
noviembre de 1948)

## Sumario

«Sacra tridentina synodus». Decreto de la Sagrada Congregación del Concilio sobre la comunión frecuente y cotidiana promulgado por san Pío X	3
Europa. Sus fundamentos espirituales ayer, hoy y mañana <i>Joseph Ratzinger</i>	6
La Cristiandad en la Edad Media <i>María del Mar Vives</i>	15
Westfalia: un cambio definitivo sobre la concepción de Europa <i>Reyes Jaurrieta Galdiano</i>	19
Europa en el siglo XIX i la Iglesia católica <i>Oriol Anguera de Sojo Peyra</i>	23
La Inmaculada: el arte se adelanta al dogma <i>Yedra M<sup>a</sup> Pérez García</i>	26
San Claudio la Colombière y el Corazón de Jesús <i>Jacques Roubert, S.I.</i>	29
Homilía de Juan Pablo II en la canonización de Claudio la Colombière	31
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XIX). «Vida de la venerable Margarita María», por Juan José Languet <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	32
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	38
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	39
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i> <i>y Santiago Alsina Casanova</i>	41
Orientaciones bibliográficas <i>Paloma Blanco y Evan McIlan</i>	43
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	44
Hace 60 años <i>J. M.<sup>a</sup> P. S.</i>	46

## RAZÓN DEL NÚMERO

EN diciembre de 1905 el Santo Padre, en verdad santo, Pío X, mandó promulgar un decreto recomendando vivamente la comunión frecuente y aun diaria, como el mejor auxilio para la vida cristiana, frente a los errores del persistente jansenismo. Sólo Dios sabe el bien que esto supuso para la Iglesia, el aumento de santidad que se dio en tantos fieles. A san Pío X lo debemos. Y de ello hacemos agradecido recuerdo en este año dedicado a la Eucaristía, al cumplirse precisamente los cien años de aquel decreto.

En este número de la revista nos hemos propuesto una reflexión sobre Europa en relación a la Iglesia. Como texto central de esta reflexión reproducimos íntegramente una conferencia del cardenal Ratzinger.

Es indiscutible que Europa nace con la Edad Media, precisamente al fin del Imperio romano, como conjunto de pueblos que tienen una misma religión, la católica, una misma lengua culta, el latín, y que crece al amparo de las abadías benedictinas en las que se cultiva el trabajo y la oración, recogiendo y divulgando la cultura grecorromana y haciendo crecer una diversidad de instituciones que siembran orden político y progreso social. Todo ello a pesar de las múltiples conculcaciones de este ideal.

Europa no nace sino que muere definitivamente con la Ilustración. Empezó a morir después del protestantismo en el siglo XVI y tras la sangrienta e inacabable guerra de los Treinta Años en el siglo XVII cuya «paz», la de Westfalia, supuso la confirmación de la ruptura europea. Ya no hay propiamente imperio, más que en sentido nominal, mientras se entra de lleno en una lucha por la hegemonía europea, conquistada por la Francia de Luis XIV, con la alianza con los protestantes.

El siglo XIX es, por una parte, el siglo del enfrentamiento, después de la Revolución francesa, de la Iglesia y los poderes políticos de la ya descristianizada Europa. Pero, por otra parte, es, merced en gran parte a la devoción al Sagrado Corazón, el siglo de un desconocido florecimiento de institutos religiosos y acción misional con una floración inédita de santos.

En este mes de febrero celebra la Iglesia la festividad de nuestra Señora de Lourdes, la Inmaculada Concepción, como dijo llamarse ella misma. Por ello ofrecemos a los lectores un estudio sobre el arte presente en las pinturas de la Inmaculada. Su autora nos expone con detalle el valor teológico de los principales cuadros de la Inmaculada y el simbolismo de sus composiciones. En el artículo se nos recuerda que la enseña de la nueva Europa es, precisamente, un fondo azul y sobre él un círculo de doce estrellas, inspirado en el relato del Apocalipsis sobre la aparición de la «Mujer», que es la Inmaculada.

Y celebra también la festividad de san Claudio la Colombière, canonizado en 1992 por Juan Pablo II, a quien debemos la difusión de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. La revista *Paray-le-Monial* nos lo recuerda oportunamente. Y como lo enseñaba Juan Pablo II —y hoy lo recordamos—: «Para la evangelización de hoy es preciso que al Corazón de Cristo se le reconozca como corazón de la Iglesia».

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2<sup>a</sup>  
Tel. y Fax 93 317 47 33  
08002 BARCELONA  
<http://www.orlandis.org>  
E-Mail: [regnat@telefonica.net](mailto:regnat@telefonica.net)

Imprime: Augusta Gràfics, S.L. - D.L.: B-15860-58

## «*Sacra tridentina synodus*»

### Decreto de la Sagrada Congregación del Concilio sobre la comunión frecuente y cotidiana promulgado por san Pío X

20 de diciembre de 1905

#### 1. El deseo de la Iglesia de la Comunión frecuente

El Sagrado Concilio de Trento, teniendo en cuenta las inefables gracias que provienen a los fieles cristianos de recibir la Santísima Eucaristía, dice: «Desea en verdad el Santo Concilio que en cada una de las misas comulguen los fieles asistentes, no sólo espiritual, sino también sacramentalmente». <sup>1</sup> Estas palabras dan a entender con bastantes claridad el deseo de la Iglesia de que todos los fieles diariamente tomen parte en el celestial banquete, para sacar de él más abundantes frutos de santificación.

#### 2. El anhelo de Jesús y la enseñanza de los discípulos y Santos Padres

Estos deseos coinciden con los que se abrasaba nuestro Señor Jesucristo al instituir este divino Sacramento. Pues él mismo indicó repetidas veces, con claridad suma, la necesidad de comer a menudo su carne y beber su sangre, especialmente con estas palabras: «Este es el pan que descendió del cielo; no como el maná que comieron vuestros padres y murieron: quien come este pan vivirá eternamente». <sup>2</sup> De la comparación del Pan de los Ángeles con el pan y con el maná fácilmente podían los discípulos deducir que, así como el cuerpo se alimenta de pan diariamente, y cada día eran recreados los hebreos con el maná en el desierto, del mismo modo el alma cristiana podría diariamente comer y regalarse con el Pan del Cielo. A más de que casi todos los Santos Padres de la Iglesia enseñan que el pan de cada día, <sup>3</sup> que se manda pedir en

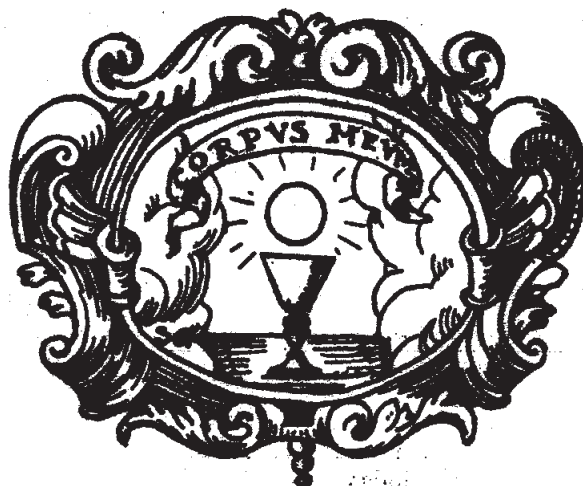
la oración dominical, no tanto se ha de entender del pan material, alimento del cuerpo, cuanto de la recepción diaria del Pan Eucarístico.

#### 3. Los fines y frutos de la Eucaristía

Mas Jesucristo y la Iglesia desean que todos los fieles cristianos se acerquen diariamente al sagrado convite, principalmente para que, unidos con Dios por medio del Sacramento, en él tomen fuerza para refrenar las pasiones, purificarse de las culpas leves cotidianas e impedir los pecados graves a que está expuesta la debilidad humana; pero no precisamente para honra y veneración de Dios, ni como recompensa o premio a las virtudes de los que le reciben. <sup>4</sup> Por ello el Sagrado Concilio de Trento llama a la Eucaristía antídoto con el que somos liberados de las culpas cotidianas y somos preservados de los pecados mortales. <sup>5</sup>

#### 4. El ejemplo de los primeros cristianos

Los primeros fieles cristianos, entendiendo bien esta voluntad de Dios, todos los días se acercaban a esta mesa de vida y fortaleza. Ellos perseveraban en la doctrina de los Apóstoles y en la comunicación de la fracción del Pan. <sup>6</sup> Y que esto se hizo también durante los siglos siguientes, no sin gran fruto de la perfección y santidad, lo enseñan los Santos Padres y escritores eclesiásticos.



1. Trid. Sess. 22, cap. 6.  
2. Jn 6,59.  
3. Lc 11, 3.

4. S. Aug. Serm. 57 in Mat. De orat. Dom. v. 7.  
5. Trid. Sess. 13, c. 2.  
6. Act 2,42.

## 5. Las disputas jansenistas y el enfriamiento de las almas

Pero cuando poco a poco hubo disminuido la piedad, y principalmente cuando más tarde se halló por doquier extendida la herejía jansenista, se comenzó a disputar acerca de las disposiciones necesarias para la frecuente y diaria comunión, y, como a porfía, cada cual las exigía mayores y más difíciles como absolutamente necesarias. Estas disputas dieron por resultado que sólo a poquísimos se tuviera por dignos de recibir diariamente la Santísima Eucaristía y sacar de este saludable Sacramento sus más abundantes frutos, contentándose los demás con alimentarse de él una vez al año, al mes, o, a lo sumo, a la semana. Es más, se llegó a tal exigencia que quedaban excluidas de frecuentar la Mesa celestial clases sociales enteras, como los comerciantes y las personas casadas.

## 6. Exageraciones piadosas

Otros, a su vez, abrazaron la opinión contraria. Considerando éstos como mandada por derecho divino la Comunión diaria, para que no pasase un solo día sin comulgar, sostenían, a más de otras cosas fuera de la práctica ordinaria de la Iglesia, que debía recibirse la Eucaristía aun el día de Viernes Santo, y de hecho la administraban.

## 7. Las disposiciones anteriores

No dejó la Santa Sede de cumplir su deber en cuanto a esto. Pues un decreto de esta Sagrada Congregación, que empieza *Cum ad aures*, del día 12 de febrero de 1679, aprobado por Inocencio XI,<sup>7</sup> condenó estos errores y refrenó los abusos, declarando al mismo tiempo que todas las personas, de cualquier clase social, sin exceptuar en modo alguno a los comerciantes y casados, fueran admitidas a la Comunión frecuente, según la piedad de cada uno y el juicio de su confesor. El día 7 de diciembre de 1690 fue condenada por el decreto *Sanctissimus Dominus noster*, de Alejandro VIII,<sup>8</sup> una proposición de Bayo que pedía de aquellos que quisieran acercarse a la sagrada Mesa, un amor de Dios purísimo sin mezcla de defecto alguno.

7. Véase Inocencio XI el decreto de la Sagr. Congregación del Concilio sobre la frecuente y diaria recepción de la Santa Comunión. 12-2-1679 (Denzinger-Umb. ns. 1147-1150).

8. Véase Alejandro VIII, Decreto del Santo Oficio sobre los errores jansenistas, del 7-12-1690 (Denz.-Umb. n. 1313).

## 8. Siguiéron las dificultades a que se opuso la sana doctrina

Con todo, no desapareció por completo el veneno jansenista, que había inficionado hasta las almas piadosas so pretexto del honor y veneración debidos a la Eucaristía. La discusión de las disposiciones para comulgar bien y con frecuencia, sobrevivió a las declaraciones de la Santa Sede; y así hasta teólogos de gran nombre juzgaron que sólo pocas veces, y cumplidas muchas condiciones, podía permitirse a los fieles la Comunión cotidiana.

No faltaron, por otra parte, hombres dotados de ciencia y piedad que abrieran fácil entrada a esta práctica tan saludable y acepta a Dios, enseñando, fundados en la autoridad de los Padres, que nunca la Iglesia había preceptuado mayores disposiciones para la Comunión diaria que para la semanal o mensual; y que eran muchísimo más abundantes los frutos de la Comunión diaria que los de la semanal o mensual.

## 9. Pío X resuelve dirimir las disputas

Las discusiones sobre este punto han aumentado y se han agriado en nuestros días; en consecuencia, se inquieta la mente de los Confesores y la conciencia de los fieles, con no pequeño daño de la piedad y fervor cristianos. Por esto, hombres muy preclaros y Pastores de almas han suplicado rendidamente a nuestro Santísimo Señor, Pío Papa X, que resuelva con su autoridad suprema la cuestión acerca de las disposiciones para recibir diariamente la Eucaristía, para que esta costumbre tan saludable y tan acepta a Dios, no sólo no disminuya entre los fieles, sino más bien aumente y se propague por todas partes, precisamente en estos tiempos en que la religión y la fe católica son combatidas por todos lados, y se echa tanto de menos el verdadero amor de Dios y la piedad. Y por ello, Su Santidad, deseando sobre todo, dado su celo y solicitud que el pueblo cristiano sea llamado al sagrado convite con muchísima frecuencia y hasta diariamente, y disfrute de sus grandísimos frutos, encomendó el examen y resolución de la predicha cuestión a esta Sagrada Congregación.

## 10. La Congregación del Concilio da las normas

La Sagrada Congregación del Concilio, en la sesión plenaria del día 16 de diciembre de 1905, examinó detenidamente este asunto, y, ponderadas seriamente las razones en pro y en contra de una y otra opinión, determinó y declaró lo que sigue:

1° - Dése amplia libertad a todos los fieles cris-

tianos, de cualquier clase y condición que sean, para comulgar frecuente y diariamente, pues así lo desean ardientemente Cristo nuestro Señor y la Iglesia católica: de tal manera que a nadie se le niegue, si se halla en estado de gracia y tiene recta y piadosa intención.

2° - La rectitud de intención consiste en que el que comulga no lo haga por rutina, vanidad o respetos humanos, sino por agradar a Dios, unirse más y más con él por el amor y aplicar esta medicina divina a sus debilidades y defectos.

3° - Aunque convenga en gran manera que los que comulgan frecuente o diariamente estén libres de pecados veniales, al menos de los completamente voluntarios, y de su afecto, basta, sin embargo, que estén limpios de pecados mortales y tengan propósito de nunca más pecar; y con este sincero propósito no puede menos de suceder que los que comulgan diariamente se vean poco a poco libres hasta de los pecados veniales y de la afición a ellos.

4° - Como los sacramentos de la Ley Nueva, aunque produzcan su efecto *ex opere operato*, lo causan, sin embargo, más abundante cuanto mejores son las disposiciones de los que los reciben, por eso se ha de procurar que preceda a la Sagrada Comunión una preparación cuidadosa y le siga la conveniente acción de gracias, conforme a las fuerzas, condición y deberes de cada uno.

5° - Para que la Comunión frecuente y diaria se haga con más prudencia y tenga más mérito, conviene que sea con consejo del confesor. Tengan, sin embargo, los confesores mucho cuidado de no alejar de la Comunión frecuente o diaria a los que se hallen en estado de gracia y se acerquen con rectitud de intención.

6° - Y como es claro que por la frecuente o diaria Comunión se estrecha la unión con Cristo, resulta una vida espiritual más exuberante, se enriquece el alma con más efusión de virtudes y se le da una prenda muchísimo más segura de felicidad, exhorten, por esto, al pueblo cristiano a esta tan piadosa y saludable costumbre con repetidas instancias y gran celo los párrocos, los confesores y predicadores, conforme a la sana doctrina del Catecismo Romano.

7° - Promuévase la Comunión frecuente y diaria principalmente en los Institutos religiosos, de cualquier clase que sean, para los cuales, sin embargo, queda en vigor el decreto *Quemadmodum*, del 17 de

diciembre de 1890,<sup>10</sup> dado por la S. Congregación de Obispos y Regulares; promuévase también cuanto sea posible en los seminarios, cuyos alumnos anhelan por servir al altar; e igualmente en los demás colegios cristianos de la juventud.

8° - Si hay algunos Institutos, de votos simples o solemnes, cuyas reglas, constituciones o calendarios señalen y manden algunos días de Comunión, estas normas se han de tener como meramente directivas y no como preceptivas. Y para que todos los religiosos de uno y otro sexo puedan enterarse bien de las disposiciones de este decreto, los superiores de cada una de las casas tendrán cuidado de que todos los años en la infraoctava del Corpus Christi sea leído a la comunidad en lengua vulgar.

9° - Finalmente absténganse todos los escritores eclesiásticos, desde la promulgación de este decreto, de toda disputa o discusión acerca de las disposiciones para la frecuente y diaria Comunión.

## 11. La aprobación y promulgación por Pío X

Habiendo dado cuenta de todo esto a Nuestro Santísimo Señor Papa Pío X, el infrascrito Secretario de la Sagrada Congregación, en audiencia del 17 de diciembre de 1905, Su Santidad ratificó este decreto de los Padres Eminentísimos, lo confirmó y mandó publicar, no obstante en nada cosa en contrario.<sup>11</sup> Mandó además que se enviase a todos los Ordinarios y Prelados regulares para que lo comunicaran a sus seminarios, párrocos, institutos religiosos y sacerdotes respectivamente, y dieran cuenta a la Santa Sede en sus relaciones del estado de la diócesis o instituto, de la ejecución de lo que en él se establece.

Dado en Roma, a 20 de diciembre de 1905.  
Vicente, Card. Ob. de Palestrina, Prefecto  
C. de Lai, Secretario

10. Véase León XIII, Decreto de la Sagr. Congregación de los Obispos y Regulares, del 17-12-1890.

11. Pío XII introdujo substanciales reformas en la ley del ayuno, para facilitar la celebración de la misa tardía y vespertina de los sacerdotes y la frecuente recepción de la S. Eucaristía. Véase Constitución apostólica *Christus Dominus*, del 6-1-1953, con la respectiva Instrucción de la Sagrada Congregación del Concilio, *Constitutio Apostolica*, 5-1-1953.

9. Catec. Rom., parte II, c. 4, 58.



# Europa. Sus fundamentos espirituales ayer, hoy y mañana

*Conferencia pronunciada por el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en la biblioteca del Senado de la República Italiana, el 13 de mayo de 2004*

**E**UROPA. ¿Qué es exactamente? Esta pregunta de siempre, fue planteada expresamente por el cardenal Józef Glemp en uno de los círculos lingüísticos del Sínodo de obispos sobre Europa: ¿dónde comienza, dónde termina Europa? ¿Por qué, por ejemplo, Siberia no pertenece a Europa aunque también la habitan europeos, que tienen un modo de pensar y de vivir completamente europeo? ¿Dónde se pierden las fronteras de Europa en el sur de la comunidad de los pueblos de Rusia? ¿Dónde está su límite en el Atlántico? ¿Qué islas pertenecen a Europa, y cuáles, en cambio, no? Y, ¿por qué? En estos encuentros se manifiesta claramente que sólo de modo secundario Europa es un concepto geográfico. Europa no es un continente netamente determinado en términos geográficos, sino más bien es un concepto cultural e histórico.

## El surgimiento de Europa

**E**STO se percibe con bastante evidencia si intentamos remontarnos a los orígenes de Europa. Quien habla del origen de Europa, cita normalmente a Heródoto (484-425 a.C. aproximadamente), quien, de hecho, es el primero en definir Europa como concepto geográfico; y lo hace así: «Los persas consideran Asia como su propiedad y los pueblos bárbaros que habitan en ella, mientras estiman que Europa y el mundo griego es un país distinto». No hace referencia a las fronteras de Europa, pero está claro que tierras que hoy son el núcleo de Europa estaban completamente fuera del campo visual del historiador antiguo.

De hecho, con la formación de los estados helenísticos y del Imperio romano, se había formado un continente que se transformó en la base de la sucesiva Europa, pero que tenía otras fronteras: eran las tierras alrededor del Mediterráneo, que gracias a sus vínculos culturales, gracias al tráfico y al comercio, gracias al sistema político común, formaban un verdadero y particular continente.

Sólo el avance triunfal del islam en el siglo VII y al inicio del siglo VIII trazó una frontera a lo largo del Mediterráneo; por así decirlo, la partió en dos,

de tal manera que todo lo que hasta entonces era un continente se subdividía ahora en tres continentes: Asia, África y Europa.

En Oriente, la transformación del mundo antiguo se realizó más lentamente que en Occidente: el Imperio romano, con Constantinopla como punto central, resistió hasta el siglo XV, aunque fue quedando cada vez más al margen. Mientras tanto, en torno al año 700, la parte meridional del Mediterráneo queda completamente fuera de lo que hasta ese entonces era un continente cultural. Al mismo tiempo se lleva a cabo una mayor extensión hacia el norte. El límite, que hasta entonces había sido un confín continental, desaparece y se abre hacia un nuevo espacio histórico que ahora abrazaría Galia, Germania, Bretaña como tierras-núcleo propiamente dichas, y se extiende cada vez más hacia Escandinavia.

En este proceso de cambio de los confines, la continuidad ideal con el precedente continente mediterráneo, medido geográficamente de un modo nuevo, tiene como garantía un modelo de teología de la historia: partiendo del libro de Daniel, se consideraba al Imperio romano renovado y transformado por la fe cristiana como el último y permanente reino de la historia del mundo en general y, por tanto, se definía la trabazón de pueblos y estados que estaba en vías de formación como el permanente «Sacrum Imperium Romanum».

Este proceso de una nueva identificación histórica y cultural se realizó de manera totalmente consciente bajo el reino de Carlomagno. Aquí surge nuevamente el antiguo nombre de Europa, con un significado diverso: este vocablo se utilizaba incluso como definición del reino de Carlomagno, y expresaba, al mismo tiempo, la conciencia de la continuidad y de la novedad con que la nueva trabazón de estados se presentaba: como una fuerza con futuro. Con futuro porque se concebía en continuidad con lo que había sido la historia del mundo hasta entonces y anclada últimamente en lo que permanece para siempre.

Esta autocomprensión que se estaba formando se expresa al mismo tiempo en la conciencia de la definitividad, así como en la de una misión.

Es verdad que el concepto de Europa casi des-



*El cuarto imperio de la visión de Daniel, según una miniatura de un manuscrito de la Biblioteca de Múnich atribuido a Conrad de Scheyern*

aparece nuevamente después del fin del reino carolingio y se conserva solamente en el lenguaje de los doctos; en el lenguaje popular sólo se usa al inicio de la época moderna —aunque en relación con el peligro de los turcos, como modalidad de autoidentificación—, para imponerse en general en el siglo XVIII. Independientemente de esta historia del término, la constitución del reino de los francos como el Imperio romano jamás desaparecido y entonces renacido, significa, de hecho, el paso decisivo hacia lo que nosotros entendemos hoy cuando hablamos de Europa.

Ciertamente no podemos olvidar que hay también una segunda raíz de la Europa, de una Europa no occidental: el Imperio romano de hecho, como ya he mencionado, había resistido en Bizancio contra las tempestades de la migración de los pueblos y de la invasión islámica. Bizancio se percibía a sí misma como la verdadera Roma; es un hecho que aquí el Imperio no había decaído jamás, razón por la cual seguía reivindicando la otra mitad del Imperio, la occidental.

También este Imperio romano de Oriente se extendió ulteriormente hacia el norte, abarcando al mundo eslavo, y se creó un mundo propio, greco-romano, que se diferencia respecto a la Europa lati-

na del occidente en virtud de la diversidad de su liturgia, de una constitución eclesiástica diferente, de una escritura diversa, y en virtud de la renuncia al latín como lengua común enseñada.

Ciertamente hay también suficientes elementos unificadores, que pueden hacer de los dos mundos un único, común continente: en primer lugar, la herencia común de la Biblia y de la Iglesia antigua, que, por otra parte, en ambos mundos hace referencia a una realidad que está más allá de sí misma, hacia un origen que ahora se encuentra fuera de Europa, es decir, en Palestina; en segundo lugar, la misma idea común de Imperio, la común comprensión de fondo de la Iglesia y, por tanto, también la comunión en las ideas fundamentales del derecho y de los instrumentos jurídicos; por último, yo mencionaría también el monaquismo, que en los grandes movimientos de la historia se ha mantenido como el vehículo esencial, no sólo de la continuidad cultural, sino, sobre todo, de los valores fundamentales religiosos y morales, de las orientaciones últimas del hombre, y en cuanto fuerza pre-política y super-política se transformó en el vehículo de los renacimientos siempre necesarios.

Entre las dos Europas, a pesar de la común y esencial herencia eclesial, hay sin embargo una profun-

da diferencia, cuya importancia ha quedado subrayada especialmente por Endre von Ivanka: en Bizancio, Imperio e Iglesia aparecen casi identificados el uno con la otra; el emperador también es el jefe de la Iglesia. Él se considera a sí mismo como representante de Cristo, y en unión con la figura de Melquisedec, que era al mismo tiempo rey y sacerdote (Gn 14,18), lleva desde el siglo VI el título oficial de «rey y sacerdote». Dado que a partir de Constantino el emperador había escapado de Roma, en la antigua capital del Imperio pudo desarrollarse la posición autónoma del obispo de Roma, como sucesor de Pedro y pastor supremo de la Iglesia; aquí ya desde el inicio de la era constantiniana se enseñó una dualidad de potestad: emperador y papa tienen de hecho potestades separadas, ninguno dispone de la totalidad. El papa Gelasio I (492-496) formuló la visión de Occidente en su famosa carta al emperador Anastasio y, todavía más claramente, en su cuarto tratado, donde ante la tipología bizantina de Melquisedec subraya que la unidad de las potestades está exclusivamente en Cristo: «él, de hecho, a causa de la debilidad humana (¡soberbia!) Ha separado para los tiempos sucesivos los dos ministerios de manera que ninguno se ensoberbezca» (c. 11). Para las cosas de la vida eterna los emperadores cristianos tienen necesidad de los sacerdotes (pontífices) y éstos, a su vez, se atienen para el curso temporal de las cosas, a las disposiciones imperiales. Los sacerdotes deben seguir en las cosas mundanas las leyes del emperador, puesto por querer divino, mientras éste debe someterse en las cosas divinas al sacerdote. Con esto se introdujo la separación y distinción de las potestades, que fue de máxima importancia para el desarrollo sucesivo de Europa, y que, por así decirlo, puso los fundamentos de lo que es propiamente típico de Occidente.

Ya que de ambas partes, ante tales delimitaciones, siempre permaneció vivo el impulso a la totalidad, la codicia de imponer el poder propio sobre el del otro, este principio de separación se convirtió también en fuente de sufrimientos infinitos. La manera en que se debe vivir correctamente y concretar política y religiosamente este principio sigue siendo un problema fundamental, incluso para la Europa de hoy y de mañana.

### El viraje hacia la época moderna

**S**i a partir de cuanto he dicho hasta ahora podemos considerar el surgimiento del Imperio carolingio de una parte, y la continuación del Imperio romano en Bizancio y su misión hacia los pueblos eslavos por otra, como el verdadero y propio nacimiento del continente Europa, el inicio de

la época moderna significa para ambas Europas un viraje, un cambio radical que concierne tanto a la esencia de este continente como a sus contornos geográficos.

En 1453 Constantinopla fue conquistada por los turcos. O. Hiltbrunner comenta este acontecimiento de manera lacónica: «los últimos... doctos emigraron... hacia Italia y transmitieron a los humanistas del Renacimiento el conocimiento de los textos originales griegos; sin embargo, Oriente se hundió en la ausencia de cultura». Esta afirmación puede ser un poco burda, ya que, de hecho, también el reino de la dinastía de los Osman tenía su cultura; pero es cierto que la cultura greco-cristiana europea de Bizancio tuvo su fin con esta invasión. De este modo, una de las dos alas de Europa estuvo a punto de desaparecer, pero la herencia bizantina no estaba muerta: Moscú se declara a sí misma como la tercera Roma, funda entonces un propio patriarcado sobre la base de la idea de una segunda «*translatio imperii*» y se presenta, por tanto, como una nueva metamorfosis del «*Sacrum Imperium*» —como una forma propia de Europa, que, sin embargo, permaneció unida con Occidente y se orientó cada vez más hacia él, hasta el punto de que Pedro el Grande intentó convertirla en un país occidental. Este movimiento hacia el norte de la Europa bizantina implicó también un amplio movimiento hacia oriente de las fronteras del continente. El establecimiento de los Urales como frontera es sumamente arbitrario. De cualquier forma, el mundo que quedaba a su oriente se convirtió cada vez más en una especie de subestructura de Europa —ni Asia ni Europa—; esencialmente forjado por Europa, pero sin participar de su carácter de sujeto: objeto, pero no vehículo de su historia. Quizás con esto se define la esencia de un estado colonial.

Por tanto, al inicio de la época moderna, podemos hablar, en la Europa bizantina, no occidental, de un doble acontecimiento: por una parte, se da la disolución del antiguo Bizancio con su continuidad histórica en relación con el Imperio romano; por otra parte, esta segunda Europa obtuvo con Moscú un nuevo centro y amplió sus confines hacia oriente, para erigir en Siberia una especie de pre-estructura colonial.

Contemporáneamente, también podemos constatar en Occidente un doble proceso con un significado histórico notable. Gran parte del mundo germánico se separa de Roma; surge una nueva forma iluminada de cristianismo, de modo que, por medio de Occidente, se crea a partir de entonces una línea de separación que forma también claramente una frontera cultural, un confín entre dos diversos modos de pensar y relacionarse. Ciertamente, también dentro del mundo protestante hay una fractura: en primer lugar entre luteranos y reformados, a los cuales se





*Santa Sofía de Constantinopla*

asocian los metodistas y presbiterianos, mientras la Iglesia anglicana busca formar un camino intermedio entre católicos y evangélicos; a esto se añade también la diferencia entre el cristianismo bajo la forma de una iglesia de Estado, que llega a ser un distintivo de Europa, e iglesias libres, que encuentran su espacio de refugio en Norteamérica, tema éste del que debemos volver a hablar.

Pongamos atención, en primer lugar, al segundo acontecimiento, que caracteriza esencialmente la situación de la época moderna, diferenciándola de la que era la Europa latina: el descubrimiento de América. A la extensión de Europa hacia el este, gracias a la progresiva extensión de Rusia hacia Asia, corresponde la radical salida de Europa más allá de sus confines geográficos hacia el mundo que está más allá del océano, que ahora se llama América. La subdivisión de Europa en una mitad latino-católica y una mitad germánico-protestante se transfirió y repercutió sobre esta parte de tierra ocupada por Europa. También América fue al inicio una Europa ampliada, una colonia, pero ella también se crea —contemporáneamente a la agitación europea provocada por la Revolución francesa— su propio carácter de sujeto: desde el siglo XIX en adelante, aunque forjada en sus aspectos profundos por su nacimiento europeo, América se presenta ante Europa como un sujeto propio.

En este intento de conocer la identidad más profunda e interior de Europa a través de una mirada histórica, hemos tomado en consideración dos virajes históricos fundamentales: el primero es la disolución del viejo continente mediterráneo, por obra del continente del «Sacrum Imperium», colocado

más hacia el norte, en el que se forma Europa a partir de la época carolingia como mundo occidental-latino, junto a éste está la continuación de la vieja Roma en Bizancio, con su extensión hacia el mundo eslavo. Como segundo paso, hemos observado la caída de Bizancio y, por una parte, el consiguiente traslado hacia el norte y hacia el este de la idea cristiana de imperio de una parte de Europa, y, por otra parte, la división interna de Europa en un mundo germánico-protestante y un mundo latino-católico. Además de esto, se encuentra la expansión hacia América, a la que se transfiere esta división y que, al final, se constituye como un sujeto histórico propio que está ante Europa.

Ahora debemos considerar un tercer viraje, cuyo faro más visible lo constituye la Revolución francesa. Es verdad que el «Sacrum Imperium» como realidad política se estaba disolviendo desde el final de la Edad Media y se había vuelto cada vez más frágil, incluso como válida e indiscutible interpretación de la historia; pero sólo entonces este marco espiritual se fragmenta también formalmente, este marco espiritual sin el cual Europa no habría podido formarse. Es un proceso de considerable importancia, tanto desde el punto de vista político como ideal. Desde el punto de vista ideal, esto significa que se rechaza el fundamento sacro de la historia y de la existencia estatal: la historia ya no se mide de acuerdo con una idea de Dios precedente a ella y que le da forma; el Estado es considerado, a partir de entonces, en términos puramente seculares, fundado en la racionalidad y en la voluntad de los ciudadanos.

Por primera vez en absoluto surge en la historia

el Estado puramente secular, que abandona y deja a un lado la garantía divina y la normativa divina del elemento político, considerándolo como una visión mitológica del mundo y declara al mismo Dios como una cuestión privada, que no es parte de la vida pública y de la formación de la voluntad común. Ésta es concebida únicamente como un asunto de la razón, para la cual Dios no aparece claramente cognoscible: religión y fe en Dios pertenecen al ámbito del sentimiento, no al de la razón. Dios y su voluntad cesan de ser relevantes en la vida pública

De este modo surge, con el fin del siglo XVIII y el inicio del siglo XIX, un nuevo tipo de cisma, cuya gravedad percibimos cada vez más netamente. En alemán, este proceso no tiene ningún término, ya que se ha desarrollado más lentamente. En las lenguas latinas es caracterizado como división entre cristianos y laicos. En los últimos dos siglos esta laceración ha penetrado en las naciones latinas como una fractura profunda, mientras el cristianismo protestante, al inicio, tuvo una vida fácil al conceder dentro de sí espacio a las ideas liberales e ilustradas, sin destruir el marco de un amplio consenso cristiano.

El aspecto de política realista de la disolución de la antigua idea de imperio consiste en esto: las naciones, los estados, que son identificables como tales gracias a la formación de ámbitos lingüísticos unitarios, aparecen definitivamente como los únicos y verdaderos portadores de la historia, y, por tanto, obtienen un rango que antes no les correspondía.

El dramatismo explosivo de este sujeto histórico, plural, se muestra en el hecho de que las grandes naciones europeas se consideraban depositarias de una misión universal, que necesariamente debía llevar a conflictos entre ellas, cuyo impacto mortal lo hemos experimentado dolorosamente en el siglo recién pasado.

### La universalización de la cultura europea y su crisis

**F**INALMENTE, debemos considerar un proceso ulterior, con el cual la historia de los últimos siglos avanza claramente hacia un mundo nuevo. Si la vieja Europa precedente a la época moderna, en sus dos mitades había conocido esencialmente sólo un adversario, con el cual debía confrontarse para la vida y para la muerte, es decir, el mundo islámico; si el viraje de la época moderna había llevado a la extensión hacia América y hacia partes de Asia sin grandes sujetos culturales propios, ahora tiene lugar la salida hacia los dos continentes hasta ahora tocados sólo marginalmente: África y Asia, que trataron de transformarse en sucursales de Eu-



ropa, en colonias. Hasta cierto punto, esto también se logró, pues ahora también Asia y África siguen el ideal del mundo forjado por la técnica y el bienestar, de tal modo que también allí las antiguas tradiciones religiosas entran en crisis y estratos de pensamiento puramente secular dominan siempre más la vida pública.

Pero hay también un efecto contrario: el renacimiento del islam no está solamente unido a la nueva riqueza material de los países islámicos, sino que también se alimenta por la conciencia de que el islam es capaz de ofrecer una base espiritual válida para la vida de los pueblos, una base que parece haberse escapado de la mano de la vieja Europa, que, no obstante su duradera potencia política y económica, se ve, cada vez más, como condenada al declive y al oscurecimiento.

Las grandes tradiciones religiosas de Asia, sobre todo su componente mística, que encuentra expresión en el budismo, se elevan también como potencias espirituales contra una Europa que reniega de sus fundamentos religiosos y morales. El optimismo acerca de la victoria del elemento europeo, que Arnold Toynbee podía sostener todavía al inicio de los años sesenta, aparece hoy extrañamente superado: «de 28 culturas que nosotros hemos identificado... 18 están muertas y nueve de las restantes; de hecho, todas menos la nuestra, muestran que están golpeadas de muerte».

¿Quién repetiría hoy todavía las mismas palabras? Y, en general, ¿qué es nuestra cultura, la que todavía permanece? La cultura europea, ¿es quizás la civilización de la técnica y del comercio difundida victoriosamente por el mundo entero? ¿O no es esta civilización más bien la nacida de manera post-europea por el fin de las antiguas culturas europeas?

Yo veo aquí una sincronía paradójica: con la victoria del mundo técnico-secular posteuropeo, con la universalización de su modelo de vida y de su ma-



nera de pensar, se da en todo el mundo –especialmente en los mundos estrictamente no europeos de Asia y África– la impresión de que el mundo de valores de Europa, su cultura y su fe, aquello sobre lo que se basa su identidad, ha llegado al final y esté saliendo del escenario; da la impresión de que ha llegado la hora de los sistemas de valores de otros mundos, de la América precolombina, del islam, de la mística asiática.

Europa, justo en esta hora de su máximo éxito, parece haberse vaciado por dentro, paralizada en cierto sentido por una crisis de su sistema circulatorio, una crisis que pone en riesgo su vida, dependiendo por así decirlo, de trasplantes, que sin embargo no pueden eliminar su identidad. A esta disminución interior de las fuerzas espirituales importantes corresponde el hecho de que también étnicamente Europa parece que recorre el camino de la desaparición.

Hay una extraña falta de deseo de futuro. Los hijos, que son el futuro, son vistos como una amenaza para el presente; se piensa que nos quitan algo de nuestra vida. No se les experimenta como una esperanza, sino como un límite para el presente. Se impone la comparación con el Imperio romano en declive: funcionaba todavía como gran almacén histórico, pero en la práctica vivía ya de quienes debían disolverlo, porque a él mismo ya no le quedaba ninguna energía vital.

Con esto hemos llegado a los problemas del presente. En cuanto al posible futuro de Europa hay dos diagnósticos contrapuestos.

Por una parte, está la tesis de Oswald Spengler, quien creía poder fijar una especie de ley natural para las grandes expresiones culturales: existe un momento de nacimiento, crecimiento gradual, florecimiento, lento entorpecimiento, envejecimiento y muerte. Spengler enriquece su tesis –de modo impresionante–, con documentación entresacada de la

historia de las culturas, documentación en la que se puede entrever esta ley del decurso natural. Su tesis era que Occidente ha alcanzado su época final, que este continente cultural está corriendo inexorablemente al encuentro con la muerte, a pesar de todos los intentos de rechazarla. Naturalmente, Europa puede transmitir sus dones a una nueva cultura emergente, como ya ha sucedido en los precedentes casos de una cultura, pero como sujeto, ella tiene ya su tiempo de vida a las espaldas.

Esta tesis –definida como «biologista»– ha encontrado opositores apasionados en el tiempo de entreguerras, especialmente en el ámbito católico; Arnold Toynbee se opuso a ella de manera impresionante, aunque con postulados que encuentran actualmente poca resonancia. Toynbee muestra la diferencia entre progreso técnico-material de una parte y progreso real de otra. Define este último como espiritualización. Admite que Occidente –el mundo occidental– se encuentra en una crisis, y su causa sería el hecho de que se ha pasado de la religión al culto a la técnica, a la nación, al militarismo. La crisis, para él, significa, al final, secularismo.

Si se conoce la causa de la crisis, se puede indicar también el camino hacia la curación: se debe introducir nuevamente el factor religioso, del que forma parte, según él, la herencia religiosa de todas las culturas, pero, especialmente, lo «que ha quedado del cristianismo occidental». Aquí se contrapone a la visión «biologista» una visión «voluntarista», que apunta a la fuerza de las minorías creativas y a las personalidades singulares y excepcionales.

La pregunta que se plantea es: ¿es justo este diagnóstico? Y si lo es, ¿está en nuestras manos introducir nuevamente el momento religioso, en una síntesis de cristianismo residual y herencia religiosa de la humanidad? En todo caso, la cuestión entre Spengler y Toynbee permanece abierta porque no podemos ver el futuro. Pero independientemente de todo eso, se impone la tarea de preguntarnos qué es lo que puede garantizar el futuro y mantener viva la identidad interior de Europa a través de todas las metamorfosis históricas. O más simplemente: qué podría ofrecer –tanto para hoy como para mañana– la dignidad humana y una existencia conforme a ella.

Para encontrar una respuesta debemos echar de nuevo un vistazo a nuestro presente teniendo en cuenta sus raíces históricas. Anteriormente nos habíamos detenido en la Revolución francesa y en el siglo XIX. Durante este tiempo se han desarrollado sobre todo dos nuevos modelos europeos. En las naciones latinas el modelo laicista: un Estado netamente separado de los organismos religiosos, que son relegados al ámbito privado. El mismo Estado rechaza cualquier fundamento religioso y se sabe fundado solamente sobre la razón y sus intui-

ciones. Frente a la flaqueza de la razón, estos sistemas se han revelado frágiles y se convierten con facilidad en víctimas de las dictaduras; sobreviven, propiamente, sólo porque partes de la vieja conciencia moral continúan subsistiendo aun sin los fundamentos precedentes, permitiendo así un consenso moral básico. Por otra parte, en el mundo germánico, existen de manera diferenciada los modelos de Iglesia de Estado del protestantismo liberal. En ellos una religión cristiana iluminada, esencialmente concebida como moral —y con formas de culto resguardadas por el Estado— garantiza un consenso moral y un fundamento religioso amplio, al que cada religión que no es del Estado debe adecuarse. Este modelo en Gran Bretaña, en los estados escandinavos y en un primer momento en la Alemania dominada por los prusianos aseguró durante mucho tiempo una cohesión estatal y social. En Alemania, sin embargo, la caída del cristianismo de Estado prusiano creó un vacío, que después se ofreció igualmente como vacío para el surgimiento de una dictadura. Hoy en día, las iglesias de Estado han caído en todas partes, víctimas del desgaste: de cuerpos religiosos que son derivaciones del Estado ya no proviene ninguna fuerza moral, y el mismo Estado no puede crear una fuerza moral, sino que la debe presuponer para después construir sobre ella.

Entre estos dos modelos se colocan los Estados Unidos de Norteamérica, que por una parte —formados sobre la base de las iglesias libres— parten de un rígido dogma de separación y por otra parte —más allá de las denominaciones individuales—, se caracterizan por un consenso de fondo cristiano-protestante no forjado en términos confesionales. Consenso que se vinculaba a una particular conciencia de la misión de tipo religioso frente al resto del mundo. De este modo, daba al factor religioso un significativo peso público, que en cuanto fuerza pre-política y supra-política podía ser determinante para la vida política. Ciertamente no se puede esconder que también en los Estados Unidos la disolución de la herencia cristiana avanza incesantemente, mientras que al mismo tiempo el rápido aumento del elemento hispánico y la presencia de tradiciones religiosas provenientes de todo el mundo cambian el panorama. Se podría observar también que los Estados Unidos promueven ampliamente la protestantización de América Latina y, de ese modo, la disolución de la Iglesia católica a través de la formación de iglesias libres. Todo ello porque tienen la convicción de que la Iglesia católica no puede asegurar un sistema político y económico estable, ya que fracasa como educadora de las naciones. En cambio, esperan que el modelo de las iglesias libres haga posible un consenso moral y una formación democrática de la voluntad pública, similares a aquellos característicos

de los Estados Unidos. Para complicar todavía más el panorama, se debe admitir que actualmente la Iglesia católica forma la comunidad religiosa más grande de los Estados Unidos. Esta Iglesia, en su vida de fe, está decididamente del lado de la identidad católica. Sin embargo, los católicos, por lo que se refiere a la relación entre Iglesia y política han recibido las tradiciones de las iglesias libres, es decir, que una Iglesia que no se confunda con el Estado garantiza mejor los fundamentos morales del todo, de forma que la promoción del ideal democrático aparece como un deber moral profundamente conforme a la fe. En una posición similar, se puede ver una continuación, adecuada a los tiempos, del modelo del papa Gelasio, del que se ha hablado anteriormente.

Regresemos a Europa. A los dos modelos de los que he hablado anteriormente se le añadió en el siglo XIX, un tercero: el socialismo, que rápidamente se subdividió en dos vías diversas: la totalitaria y la democrática.

El socialismo democrático fue capaz, desde el inicio, de integrarse dentro de los dos modelos existentes, como un sano contrapeso frente a las posiciones liberales radicales, enriqueciéndolas y corrigiéndolas. Esto se reveló como algo que iba más allá de las confesiones: en Inglaterra era el partido de los católicos, que no podían sentirse a gusto ni en el campo protestante-conservador, ni en el liberal. También, en la Alemania guillermina el centro católico podía sentirse más cercano al socialismo democrático que a las fuerzas conservadoras rígidamente prusianas y protestantes. En muchos aspectos el socialismo democrático estaba y está cerca de la doctrina social católica; en todo caso, ha contribuido considerablemente a la formación de una conciencia social.

Sin embargo, el modelo totalitario se vinculaba a una filosofía de la historia rígidamente materialista y atea: la historia se comprende deterministamente como un proceso de progreso que pasa a través de la fase religiosa y de la liberal para alcanzar la sociedad absoluta y definitiva, en la que la religión, como residuo del pasado, se supera y el funcionamiento de las condiciones materiales puede garantizar la felicidad de todos. El aparente carácter científico esconde un dogmatismo intolerante: el espíritu es producto de la materia; la moral es producto de las circunstancias y debe definirse y practicarse de acuerdo con los objetivos de la sociedad; todo lo que sirve para favorecer la llegada de un Estado final feliz es moral. La inversión de los valores que habían construido Europa es completa. Aún más, se da una fractura frente a la tradición moral de toda la humanidad: ya no hay valores independientes de los objetivos del progreso; en un momento dado todo puede permitirse e incluso resultar necesario, puede

ser moral en el sentido nuevo del término. Incluso el hombre puede llegar a ser un instrumento; no cuenta el individuo. Sólo el futuro llega a ser la terrible divinidad que dispone de todos y de todo.

Los sistemas comunistas, mientras tanto, han naufragado, sobre todo, por su falso dogmatismo económico. Pero se olvida demasiado fácilmente el hecho de que han naufragado, sobre todo, por su desprecio de los derechos humanos, por su subordinación de la moral a las exigencias del sistema y a sus promesas de futuro. La verdadera y propia catástrofe que han dejado a sus espaldas no es de naturaleza económica; consiste en el desecamiento de las almas, en la destrucción de la conciencia moral. Veo esto como un problema esencial del momento actual para Europa y para el mundo: nadie cuestiona el naufragio económico, y por eso, sin dudarlo, los ex-comunistas se han vuelto liberales en economía. Sin embargo, la problemática moral y religiosa, el problema de fondo, es casi totalmente removida de la consideración.

La problemática dejada tras de sí por el marxismo continúa existiendo hoy: la disolución de las certezas primordiales del hombre sobre Dios, sobre sí mismo y sobre el universo. Esta disolución de la conciencia de los valores morales intangibles es precisamente ahora nuestro problema y puede conducir a la autodestrucción de la conciencia europea que debemos comenzar a considerar -independientemente de la visión del ocaso de Spengler- como un peligro real.

### ¿En qué punto estamos hoy?

**A** sí nos encontramos ante la cuestión: ¿cómo deberían continuar las cosas? En los violentos transtornos de nuestro tiempo, ¿hay una identidad de Europa que puede tener un futuro y por la cual podamos comprometernos con todo nuestro ser? No estoy preparado para entrar en una discusión detallada sobre la futura Constitución europea. Sólo quisiera indicar brevemente los elementos morales fundamentales que, en mi opinión, no deberían faltar.

Un primer elemento es el carácter incondicional con que la dignidad humana y los derechos humanos deben presentarse como valores que preceden a cualquier jurisdicción estatal. Estos derechos fundamentales no son creados por el legislador ni son conferidos a los ciudadanos, «sino más bien existen por derecho propio, siempre han de ser respetados por el legislador, a quien le son dados previamente como valores de orden superior». Esta validez de la dignidad humana previa a cualquier actuar político y a toda decisión política nos remite al Creador: sólo

él puede establecer valores que se fundan en la esencia del hombre y que son intangibles. Que existan valores que no son manipulables por nadie es la garantía verdadera y propia de nuestra libertad y de la grandeza humana; la fe cristiana ve en esto el misterio del Creador y de la condición de imagen de Dios que él ha conferido al hombre.

Ahora bien, hoy en día casi nadie negará directamente la preeminencia de la dignidad humana y de los derechos humanos fundamentales respecto a toda decisión política; son aún demasiado recientes los horrores del nazismo y de su teoría racista. Pero en el ámbito concreto del, así llamado, progreso de la medicina, hay amenazas muy reales para estos valores: sea que pensemos en la clonación, sea que pensemos en la conservación de fetos humanos para la investigación y donación de órganos, sea que pensemos en todo el ámbito de la manipulación genética -la lenta consunción de la dignidad humana que aquí nos amenaza no puede ser desconocida por nadie. A esto se añaden, de manera creciente, el tráfico de personas humanas, las nuevas formas de esclavitud, el negocio del tráfico de órganos humanos para transplantes. Siempre se aducen finalidades buenas, para justificar lo injustificable. En estos sectores, hay algunos puntos firmes en la Carta de los derechos fundamentales de los que podemos alegrarnos, pero en puntos importantes resulta demasiado vaga, mientras que es propiamente en estos puntos donde se arriesga la seriedad del principio que está en juego.

Resumiendo: fijar por escrito el valor y la dignidad del hombre, la libertad, igualdad y solidaridad con las afirmaciones de fondo de la democracia y del estado de derecho, implica una imagen del hombre, una opción moral y una idea de derecho que no son para nada obvias, pero que, de hecho, son factores fundamentales de identidad de Europa. Estos principios deberían garantizarse, también, en sus consecuencias concretas y sólo se pueden defender si se forma siempre nuevamente una conciencia moral correspondiente.

Un segundo punto en donde aparece la identidad europea es el matrimonio y la familia. El matrimonio monógamo, como estructura fundamental de la relación entre hombre y mujer y, al mismo tiempo, como célula en la formación de la comunidad estatal, se ha forjado a partir de la fe bíblica. Éste dio a Europa, tanto a la occidental como a la oriental, su rostro particular y su particular humanidad, también y precisamente porque la forma de fidelidad y de renuncia delineada en ella siempre debió conquistarse nuevamente, con muchas fatigas y sufrimientos. Europa no sería Europa, si esta célula fundamental de su edificio social desapareciese o se cambiase algo de su esencia. La Carta de los derechos fundamentales habla de derecho al matrimonio, pero

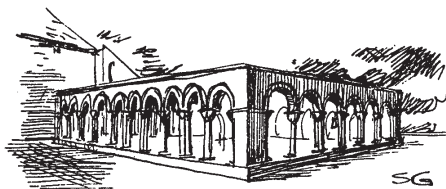
no expresa ninguna protección jurídica y moral específica para él, y ni siquiera lo define de forma más precisa. Todos sabemos cuán amenazados están el matrimonio y la familia tanto mediante el vaciamiento de su indisolubilidad a través de formas cada vez más fáciles de divorcio, como por un nuevo comportamiento que va difundiéndose cada vez más: la convivencia de hombre y mujer sin la forma jurídica del matrimonio. En notable contraste con todo esto, existe la petición de comunión de vida de los homosexuales, quienes ahora paradójicamente exigen una forma jurídica, que debe equipararse más o menos al matrimonio. Con esta tendencia se sale del complejo de la historia moral de la humanidad, que, a pesar de toda la diversidad de formas jurídicas del matrimonio, sabía siempre que éste, según su esencia, es la particular comunión de hombre y mujer, que se abre a los hijos y así a la familia. No se trata de discriminación, sino de la pregunta sobre qué es la persona humana en cuanto hombre y mujer y cómo la convivencia de hombre y mujer puede formalizarse jurídicamente. Si, por una parte, su convivencia se separa cada vez más de las formas jurídicas, si, por otra parte, se ve la unión homosexual como participante del mismo rango del matrimonio, entonces estamos ante una disolución de la imagen del hombre, cuyas consecuencias sólo pueden ser extremadamente graves.

Mi último punto es la cuestión religiosa. No quisiera entrar aquí en las complejas discusiones de los últimos años, sino poner de relieve sólo un aspecto fundamental para todas las culturas: el respeto a lo que es sagrado para otra persona, y particularmente el respeto por lo sagrado en el sentido más alto, por Dios. Es lícito suponer que se puede encontrar este respeto en quien no está dispuesto a creer en Dios. Donde se quebrante este respeto, se pierde algo esencial en la sociedad. En la sociedad actual, gracias a Dios, se multa a quien deshonra la fe de Israel, su imagen de Dios, sus grandes figuras. Se multa también a quien vilipendia el Corán y las convicciones de fondo del islam. Sin embargo, cuando se trata de Cristo y de lo que es sagrado para los cristianos, la libertad de opinión aparece como el bien supremo, cuya limitación resulta una amenaza o incluso una destrucción de la tolerancia y la libertad en general. Sin embargo, la libertad de opinión tiene su límite en que no puede destruir el honor y la dignidad del otro; no hay libertad para mentir o para destruir los derechos humanos.

Occidente siente un odio por sí mismo que es extraño y que sólo puede considerarse como algo patológico; Occidente sí intenta laudablemente abrirse, lleno de comprensión a valores externos, pero ya no se ama a sí mismo; sólo ve de su propia historia lo que es censurable y destructivo, al tiempo que no es capaz de percibir lo que es grande y puro. Europa necesita de una nueva —ciertamente crítica y humilde— aceptación de sí misma, si quiere verdaderamente sobrevivir. A veces, la multiculturalidad, que se estimula y favorece continua y apasionadamente, se transforma en abandono y negación de lo que le es propio, una fuga de las cosas propias. Pero la multiculturalidad no puede subsistir sin constantes en común, sin puntos de referencia a partir de valores propios. Seguramente no puede subsistir sin respeto de lo que es sagrado. De ella forma parte el andar al encuentro con respeto a los elementos sagrados del otro, pero esto podemos hacerlo sólo si lo sagrado, Dios, no nos es extraño a nosotros mismos. Ciertamente, podemos y debemos aprender de lo que es sagrado para los demás, pero justamente ante los demás y por los demás, es deber nuestro nutrir en nosotros mismos el respeto ante lo que es sagrado y mostrar el rostro de Dios que se nos ha aparecido —del Dios que tiene compasión de los pobres y de los débiles, de las viudas y de los huérfanos, del extranjero; del Dios que hasta tal punto es humano que él mismo se ha hecho hombre, un hombre sufriente, que sufriendo junto a nosotros da dignidad y esperanza al dolor.

Si no hacemos esto, no sólo renegamos de la identidad de Europa, sino que se desvanece un servicio a los demás al que ellos tienen derecho. Para las culturas del mundo, la profanidad absoluta que se ha ido formando en Occidente es algo profundamente extraño. Están convencidas que un mundo sin Dios no tiene futuro. Por lo tanto, justamente la multiculturalidad nos llama a entrar nuevamente en nosotros mismos.

No sabemos cómo será el futuro de Europa. La Carta de los derechos fundamentales puede ser un primer paso, un signo de que Europa busca nueva y conscientemente su alma. En esto hace falta darle la razón a Toynbee: el destino de una sociedad depende siempre de minorías creadoras. Los cristianos creyentes deberían concebirse a sí mismos como tal minoría creadora y contribuir a que Europa recobre nuevamente lo mejor de su herencia y esté así al servicio de toda la humanidad.



# La Cristiandad en la Edad Media

MARÍA DEL MAR VIVES



*Campanario del agua bendita, Cluny*

CON el inevitable nombre de la Edad Media queremos designar el tiempo que va desde el triunfo del cristianismo hasta el descubrimiento de América. Tres grandes corrientes obran en ella: el espíritu cristiano, el espíritu germánico y la civilización grecolatina, las cuales luchan, se compenetran y se mezclan. Los germanos vencen a los romanos, el cristianismo vence a los dos, y, como nuevas potencias, aparecen el Pontificado y el Sacro Imperio. Más tarde, Mahoma pone en movimiento a los hijos del desierto, y el islam —progreso para Arabia, retroceso para la humanidad—, excita de nuevo la antigua oposición entre Asia y Europa. Primero el Asia se lanza sobre Europa, y luego Europa sobre Asia, en las Cruzadas. Una nueva vida, una nueva literatura nace con esto. Ya, a partir del siglo XIV, en lucha entre sí se debilitan la Iglesia y el Imperio. Mientras luego el Asia musulmana se hunde, se desenvuelve rica y variada la vida de las diversas naciones de Europa, pues los pueblos cristianos no mueren, toda la decadencia produce en ellos una vida mayor. Con los viajes al Occidente, con el descubrimiento de un nuevo mundo lleno de vida, con un grande y trascendental triunfo del espíritu, terminará la Edad Media.

Si uno se fija únicamente en los hechos externos,

se asombrará ante el cúmulo de barbarie que en ella descubre, especialmente en sus primeros siglos, pero estudiando su espíritu, viendo como el sentir católico penetraba lenta, pero segura y profundamente en el alma del pueblo, la anterior impresión se atenúa y cambia radicalmente. De esta manera, después de la invasión de los bárbaros y la consiguiente caída del Imperio romano, nos encontramos con una sociedad profundamente desquiciada y sumergida en el caos, pero que lentamente y con sabiduría infinita es civilizada por la Iglesia católica, pese a retrocesos accidentales y a la debilidad, y muchas veces la indignidad de los personajes de que se vale, hasta llegar a obtener la espléndida cosecha que se inicia, y que continuará durante siglos posteriores, promesa de bienes mayores de no haber sido truncada y bastardeada su acción por la rebeldía protestante con Lutero, en el siglo XVI.

## Hacia la plenitud medieval

CON la proclamación de Carlomagno como *Imperator*, coronado por el papa san León a finales del año 800 en la antigua basílica de San Pedro, empezaron a dibujarse los países que habrían de actuar en la Edad Media, y con ello, iba a empezar seriamente una labor de construcción y unificación sociales y políticas.

La idea fundamental que presidirá aquella labor es la de una cabeza religiosa: el papa, y otra política: el emperador, protector y espada del papa y jefe político de la Cristiandad. Fundamentalmente se quería volver a la reconstrucción del Imperio romano, adaptado a las nuevas circunstancias y despojado de las concepciones anticristianas del viejo mundo.

Toda Europa era católica, les unía una fe común. También daban una extraordinaria unidad la utilización de una misma lengua, el latín, así como una cultura uniforme, apoyada en las universidades, de origen eclesiástico. Las peregrinaciones a los santuarios suponían otro signo de fe que unía a los caminantes que confluían de toda Europa. Esta unidad es la que permitió luego cosechar frutos extraordinarios, como las Cruzadas, en las que la fe unió a todos los pueblos de Europa para el rescate de los Santos Lugares, y que consiguieron detener, por espacio de varios siglos, la terrible expansión musulmana que amenazaba por Oriente.

Claro está que, de estas acciones, llevadas a cabo por hombres, con todas sus limitaciones y defectos, forzosamente surgieran chispas y choques. Es así como en esta época surgen diversas herejías, se da la lucha por las Investiduras entre el Papado y el Imperio, y, un siglo más tarde, con Federico II de Alemania, aparece el cesarismo, es decir, el retorno a la vieja concepción romana del emperador-pontífice, que lleva a la adulación, y, por tanto, a la corrupción y la simonía, duro golpe que debilitó la fuerza del Papado. Pero, a pesar de todo, el impulso sano estaba ya dado, y por espacio de bastantes años se marchó adelante. Carlomagno realizó en su época una labor extraordinaria, al mismo tiempo que de los grandes monasterios irlandeses salían una legión de monjes santos y misioneros, los cuales, extendiéndose por toda Europa, aumentaron considerablemente el área cristiana teniendo en san Bonifacio su mayor representante.

Pero al comenzar el siglo x, el llamado «Siglo de Hierro», una de las épocas más duras por las que ha pasado la Iglesia, ya se había extinguido todo esto. El Imperio había caído en desprestigio por la debilidad e insignificancia de sus titulares, y aún peor, el Pontificado, desacreditado por la indignidad de muchos de los papas de la época. Al mismo tiempo, presiones del exterior caían sobre la Cristiandad. Los árabes se lanzaron a la conquista y el Mediterráneo estuvo a punto de convertirse en un lago musulmán. Por el norte, los normandos asolaban y devastaban Francia, Inglaterra y Alemania. Amenazaban, también, el peligro magiar, junto con los eslavos por el Este y los húngaros en Alemania.

En estos trágicos momentos empezó la rehabilitación del Imperio con la Casa de Sajonia y Otón I. Éste intervino en Italia nombrando papas dignos, contuvo a los eslavos y derrotó definitivamente a los húngaros en la batalla de Lechfeld, poniendo así los fundamentos de la cristianización de los húngaros, polacos y prusianos.

Cabe destacar, durante este período, la actuación del emperador Enrique II de Alemania, cuando el imperio de Otón, junto con la actuación del papa Silvestre II, ya se habían perdido. Germania, constituyéndose como el Imperio romano-germánico, comenzó su misión histórica en un doble aspecto: como continuadora del Imperio para la paz universal, y como evangelizadora de Europa. Su tarea en el ámbito de la reforma religiosa alcanzó la perfección con la fundación de monasterios, que tan larga influencia habían de ejercer en la vida política del Imperio.

Para conseguir la paz en Europa, nacieron dos instituciones de gran importancia, instauradas por la Iglesia y encaminadas a extender el sentido de la autoridad y el respeto al orden establecido: la «tre-



*San Enrique y santa Cunegunda*

gua de Dios» y la «paz de Dios». La primera, acogida por el pueblo con extraordinario entusiasmo, tuvo la finalidad específica de evitar violencia sobre determinadas personas que, por sus hábitos o profesión, estaban fácilmente expuestas a ser víctimas de los desalmados. Comprendía un período más o menos limitado de tiempo durante el cual quedaban totalmente prohibidas las luchas armadas. La segunda, en vistas de que la primera era incumplida por algunos grandes señores, disponía la prohibición de acometer al enemigo «desde la novena hora del sábado hasta la primera hora del lunes», «con la finalidad de que todos puedan dar lo que deben a Dios durante la fiesta dominical». La tregua se fue extendiendo, primero en días, y, más tarde, a largas temporadas del año, coincidiendo con fiestas o períodos litúrgicos destacados.

La influencia de ambas instituciones ennobleció y humanizó el arte mismo de la guerra, dándole un muy elevado ideal moral. Las Cruzadas para la liberación del sepulcro de Jesucristo y de los pueblos cristianos del Oriente, fueron las guerras declaradas justas en su origen, para las que los papas y los concilios invitaron a los príncipes y pueblos católicos mandándoles cesar en sus discordias intestinas. Y cuando los derechos de la religión y la moral fueron objeto de transgresiones escandalosas, los papas, los concilios, dispusieron sanciones espirituales universalmente temidas, como la excomunión.

En pleno desenvolvimiento de estas instituciones de paz, de origen puramente religioso, el emperador san Enrique, junto con san Esteban en Hungría, san Olaf en Noruega, Canuto el Grande en Inglaterra y Dinamarca, san Wladimiro en Rusia, Sancho el Mayor de Navarra en España, o Roberto el Piadoso en Francia, encarnaron la colaboración activa del poder civil a la obra de la Iglesia, entregándose totalmente por el reinado de Dios sobre el mun-



do. Postreros siglos habían de ser los que recogerían la promesa del divino Corazón de Jesús de su futuro reinado sobre la gran sociedad de los pueblos. Pero, con todo, la tarea de Enrique II adquiere relieves gigantescos al contemplar su total entrega a la tarea.

### Obra evangelizadora y civilizadora del monacato medieval

**P**ARALELAMENTE a la tarea evangelizadora de los reyes, una selección de la juventud romana, purificada por el espíritu cristiano, consagróse al servicio de la Iglesia, poniendo así los fundamentos de la civilización occidental. Sus fuerzas morales encontraron terreno apto para sembrar. Esta tarea la llevó a cabo el monacato, y, de una manera especial, la Orden benedictina.

San Benito fue el que redactó una *Regla* que, con su dulzura, su perfecta distribución del tiempo, con su reglamentación del trabajo y del estudio, se adaptó a las circunstancias del momento. En uno de los monasterios fundados en Roma profesó el que sería después el papa san Gregorio I el Grande, al que la Orden benedictina debe el principal impulso de su propagación. Él la introdujo por medio de sus monjes en las islas británicas. De Italia paso a la Galia, también los benedictinos ingleses viajaron hacia Germania, donde intervino de una manera especial san Bonifacio, siguiendo sus discípulos la tarea de evangelización en los Países Bajos, Suiza, y las partes más orientales de Germania.

Los monasterios eran fundados fuera del pueblo para poder abrir campos que los habrían de sustentar. En cada monasterio había una biblioteca para el estudio, donde se copiaban con cuidado los textos que después habían de utilizar, además de textos clásicos que les servían para el estudio del latín; salvándose, de esta forma, gran parte del saber de la antigüedad clásica. La tarea principal de los monjes era predicar, convertir y enseñar a los pueblos, valiéndose de la

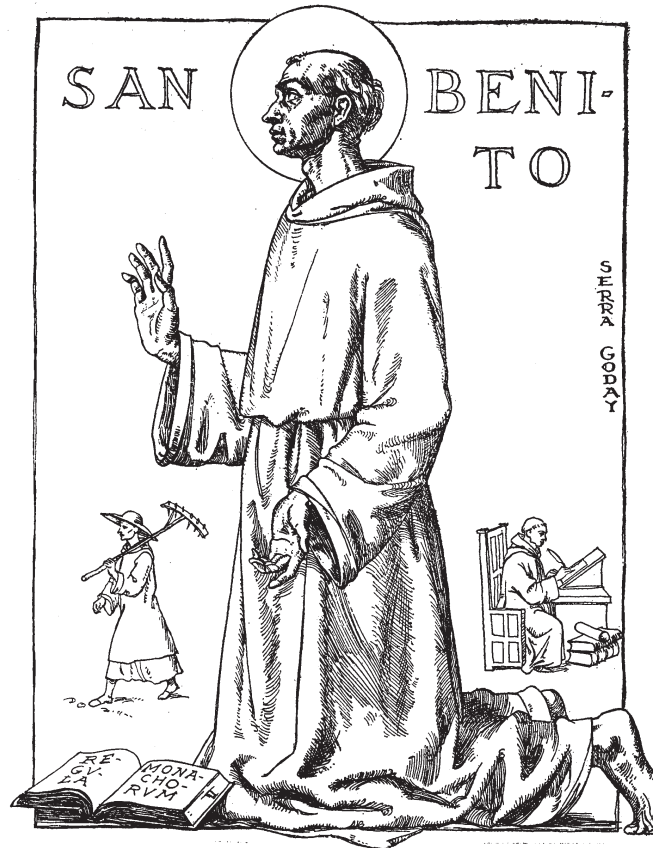
escultura y la pintura —ya que éste no sabía ni leer ni escribir—, actuando las esculturas de las fachadas de las catedrales románicas, como libros abiertos, mostrando episodios del Antiguo y Nuevo Testamento. También estaban dotados, los monasterios, de un hospital, donde se daba asilo a los pobres y se protegía a los huérfanos, atendiendo, como prescribe la Regla, a la caridad con el pueblo. Fueron ellos, además,

los que fomentaron la agricultura, que fue una manera de alejar el hambre después de tantas guerras.

Cabe destacar, también, el importante papel de la abadía de Cluny, fundada en el año 910 por Guillermo de Aquitania, y la reforma cluniacense del siglo XI, que restauró el primitivo espíritu y austeridad de la regla benedictina. Una multitud de monasterios se colocaban bajo la dependencia de Cluny, en los que nombraban no abades, sino priores ya no elegidos por sus súbditos. Si hasta ahora los monjes benedictinos sólo habían tenido en común la obediencia a la misma regla

de san Benito, en adelante formarán una orden monástica con su jerarquía y su jefe, todos al servicio de la Iglesia. Empezaron la reforma de las costumbres del clero, la unificación de las ceremonias religiosas según el rito de la Iglesia Romana, se colocaron bajo la inmediata dependencia de la Sede Romana, y lucharon por la absoluta independencia de toda potestad temporal, refugio del espíritu de la libertad eclesiástica frente al feudalismo.

Y si el nombre de Cluny llenó la historia del siglo XI, san Bernardo de Claraval basta por sí solo para llenar la del siglo XII; a él se debe en gran parte el florecimiento de la Orden cisterciense. Bernardo dedicó la mayor parte del tiempo a la vida interior y al estudio. El pensamiento central de su doctrina ascético-mística es el constante ascender de las almas hacia el grado máximo de perfección señalado por Dios en concreto a cada una de ellas. Este pensamiento inspiró a su espiritualidad fuerte y delicada que, de acuerdo con la profesión monástica y su manera de ser, se orientó a la contemplación, vivió



del amor a Dios y de la devoción a Jesucristo, y se sostuvo en la práctica de la austeridad y de la piedad.

Sólo la Iglesia, en una época en que la cultura se había olvidado por los continuos trastornos, continuó enseñando a leer y a escribir a sus clérigos, y en ella se refugió todo el saber de la época, toda la cultura. La Iglesia, a través de los monjes, rehizo las leyes, restableció el orden, restableció la jerarquía social basada en el cristianismo, inspiró a los incultos bárbaros el amor al trabajo, fomentó la agricultura, el comercio y las artes de la paz.

Así, la Cristiandad fue un hecho. «La Europa de entonces, romana en su civilización y católica en sus convicciones, permaneció una, en el más am-

plio sentido de la palabra, hasta la segunda década del siglo XVI».

Era esta, pues, una época en la cual el sistema se apoyaba sobre la estrecha colaboración, sobre la compenetración, pero no sobre la identidad o confusión de la jerarquía espiritual y de la jerarquía temporal. El poder eclesiástico y el poder civil, sin embargo, se compenetraban íntimamente. Y es que, ciertamente, Europa, durante la Edad Media, fue una familia de pueblos cristianos, una verdadera «Sociedad de Naciones», «en la cual, aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo derecho permanecía siempre en vigor, como norma segura conforme a la cual eran juzgadas las naciones mismas».

## La religión, alma de la unidad europea

«Nadie, según creemos, podrá rehusar el subscribir esta afirmación. Si una Europa unida ha de mantenerse en equilibrio y ha de allanar las diferencias que surjan en el propio continente, sin meternos ahora a hablar de su influencia en la seguridad de la paz universal, es necesario que descansa sobre una base moral inquebrantable. ¿Dónde encontrar esta base? Dejemos que responda la historia: hubo un tiempo en que Europa formaba en su unidad un todo compacto, y en medio de todas las debilidades y a pesar de todos los desalientos humanos, esto constituía para ella una fuerza; merced a esta unión, ella realizaba grandes cosas. Ahora bien, el alma de esta unidad era la religión, que empapaba hasta la médula toda la sociedad de fe cristiana.

En el momento en que la cultura se separó de la religión, la unidad se disgregó. Y prosiguiendo a la larga su avance, lento y continuo, como de mancha de aceite, la irreligión ha penetrado más y más en la vida pública, y a ella ante todo es deudora este continente de sus desgarrones, de su malestar y de su inquietud.

Ahora bien, si Europa quiere resurgir, ¿no será necesario que restablezca en sí misma el vínculo entre la religión y la civilización?

Por esta causa hemos sentido Nos gran placer al leer al frente de las resoluciones de la Comisión Cultural, a continuación del Congreso de La Haya en el pasado mayo, la mención de «la común herencia de la civilización cristiana». Sin embargo, esto no será bastante si no se llega a reconocer expresamente los derechos de Dios y de su ley, al menos el derecho natural, como sólido fundamento sobre el cual están anclados los derechos del hombre.

Pío XII: Audiencia concedida el día 11 de noviembre de 1948 a los asistentes al II Congreso Internacional de Federalistas

# Westfalia: un cambio definitivo sobre la concepción de Europa

REYES JAURRIETA GALDIANO

## La guerra de los Treinta Años

A comienzos del siglo xvii la situación interior del Imperio, aquietada tras la penosa paz de Augsburgo (1555), estaba de nuevo en ebullición. De hecho, la paz fue impuesta por la fuerza de las armas al emperador católico Fernando I (1556-64) y, en realidad, no había sido más que una tregua. La causa protestante siguió avanzando y llegó el momento en que pareció que toda Alemania se hacía protestante. Ni siquiera se respetó el «reservado» de los principados eclesiásticos acordado en Augsburgo. Por el contrario, incluso los emperadores que oficialmente se proclamaban católicos transigieron durante años con la protestantización de sus propios territorios por temor a perder el apoyo de los príncipes frente a los turcos o, como sucedió con el emperador Maximiliano II, la promovieron abiertamente hasta el punto de que a su muerte (1576) la gran mayoría de la población y casi toda la nobleza austríaca era protestante.

Ante esta situación la Santa Sede, a través de sus nuncios, algunos obispos alemanes y, sobre todo, los jesuitas, intenta reagrupar a las fuerzas católicas para la defensa activa de la fe en el doble frente de la renovación interior y de la utilización de los medios políticos adecuados; se urge a los príncipes católicos a que, siguiendo el ejemplo de sus colegas protestantes, hiciesen uso del «derecho de reforma» proclamado en Augsburgo para realizar en sus propios dominios la restauración católica o contrarreforma. Las directrices de la Santa Sede dieron sus frutos y pronto se inicia la recuperación católica de una parte importante de Alemania: Baviera, Austria y los principados eclesiásticos del Rin. Su gran promotor fue el santo jesuita Pedro Canisio que durante cuarenta años trabajó infatigablemente en esta tarea hasta su muerte en 1597.

De esta manera, Europa se divide en dos banderas: los protestantes bajo la bandera de la Unión evangélica, fundada en 1608 por los príncipes protestantes alemanes y dirigida por el elector palatino Federico V con el apoyo de Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas, y los católicos bajo la Liga de Maximiliano de Baviera.

Los acontecimientos se precipitan cuando Fernando de Estiria, de la rama menor de los Habsburgo, es nombrado rey de Bohemia y, por lo tanto, pre-

sunto sucesor al Imperio. Católico ferviente y uno de los campeones de la Reforma católica, este nombramiento causa gravísima inquietud en los protestantes que finalmente cristaliza en la sublevación de Federico V del Palatinado, yerno de Jacobo I de Inglaterra, y en la de los bohemios en 1618.

El emperador recoge el guante y en 1619 empieza la guerra de los Treinta Años. Pese a los intereses dinásticos que están en juego, la lucha no deja de ser esencialmente una guerra de religión. La existencia del catolicismo y del protestantismo se hallan pendiente de ella, aquel capitaneado por el Emperador, apoyado por sus dominios hereditarios, por la mayoría de príncipes católicos de Alemania y muy especialmente por la poderosa ayuda de los Habsburgo reinantes en España, todavía en el cénit de su poder; éste, defendido por los palatinos, bohemios y los señores protestantes de Alemania, Holanda, Dinamarca, Suecia, Francia e Inglaterra, si bien ésta no de una manera franca, que van entrando sucesivamente en la lid.

Las primeras batallas son triunfos para los imperiales que consiguen que Dinamarca se retire de la guerra y promulgan el Edicto de Restitución (1629), como interpretación auténtica de la Paz de Augsburgo, por el cual se obliga a los señores protestantes a devolver todos los obispados, cabildos y abadías imperiales tomados a los católicos a partir de 1555.

Con la entrada en guerra de Suecia en el lado protestante, a sueldo de Francia y acaudillada por su rey, el genial Gustavo Adolfo, sin duda alguna una de las mayores figuras militares de todos los tiempos, entra la guerra de los Treinta Años en una fase singularmente atormentada para el Imperio. Todos los príncipes protestantes e incluso los que habían permanecido al lado del Emperador se ponen de parte del rey sueco. Pero Gustavo Adolfo perderá la vida en la batalla de Lützen (1632) aunque consiga el triunfo de su ejército.

Posteriormente en la batalla de Nordlingen (1634) la gloria de los invencibles tercios españoles brillará por última vez en la arena internacional, derrotando completamente a los protestantes y dando una nueva oportunidad al Emperador.

Sin embargo, es en este momento en el que Francia, dirigida por Luis XIII y el cardenal Richelieu, se lanza al campo de batalla al lado de los protes-



*Gustavo Adolfo*

tantes para acabar con el pleito más que secular que se ventilaba entre la Casa de Francia y los Habsburgo. El ejército francés, dirigido por el joven Condé, consiguió detener a los tercios españoles en Rocroi (1644), derrota de la que ya no volvieron a recuperarse. El Imperio, agotado y prácticamente vencido, se ve obligado a firmar la paz.

### La atomización del Imperio

**L**A paz será acogida con alivio en una Alemania agotada y destrozada que había perdido entre un tercio y la mitad de su población. El emperador anhelaba la paz como fuera y el papa Inocencio X también la procuraba desde 1644 pero Francia trataba a todo trance de redondear sus conquistas antes de concluir las negociaciones.

Finalmente, en 1648 se firmaba la Paz de Westfalia entre alemanes, suecos y franceses (la guerra entre Francia y España aún duró diez años más, hasta la Paz de los Pirineos). Los acuerdos de Westfalia se llevaron a cabo en dos congresos, el de Münster, donde se reunieron los príncipes y Estados católicos, y el de Osnabrück, donde negociaron los protestantes con representantes imperiales. Entre los dos se repartieron unos doscientos representantes de países que en muchos casos llevaban años negociando acuerdos parciales. La multiplicidad de intereses que se habían de conciliar, el espíritu belicoso del

general sueco Oxenstierna y el designio de Mazarino (sustituto de Richelieu) de continuar la guerra hicieron que las negociaciones muchas veces parecieran romperse. ¡Cuánto trabajo costó llegar a una avenencia en la causa de la religión!

Respecto a las diferencias religiosas se amplió la paz de Augsburgo de 1555, extendiéndose a los calvinistas las ventajas de esa paz con el mismo rango que los luteranos. Por lo tanto, quedan reconocidos en Europa en pie de igualdad católicos, luteranos y calvinistas.

Para la Iglesia se perdieron definitivamente los obispados del norte y centro de Alemania y numerosos monasterios y fundaciones en el mismo sur. Inocencio X protestó contra los términos de la Paz de Westfalia por lo que significaba: el reconocimiento oficial de la pérdida para la Iglesia de la mayor parte de Alemania. Quedaron católicos en Baviera, algunos principados eclesiásticos del Rin y cierto número de pequeños enclaves católicos en zona protestante pero la nueva paz venía a reconocer legalmente las pérdidas sufridas por la Iglesia católica en los últimos ciento treinta años.<sup>1</sup>

Aparte de la resolución de los problemas de orden religioso e internacional, en Westfalia nació un nuevo orden imperial y sus acuerdos fueron considerados ley del Imperio —de ahí que los juristas alemanes llamen a esta paz Constitución (Constitutio Westphalica)—, ley que le sirvió de base mientras existió. El nuevo estatuto jurídico-político imperial consagró una Alemania parcelada y desunida que derivó hacia una atomización absolutamente inoperante. «Quedaba rota toda fuerza de unión», el emperador no podía por sí solo dar ninguna ley, ni declararla, ni decidir la guerra, ni imponer tributos, ni hacer levas, ni acuartelar tropas, ni construir fortalezas en territorios del Imperio, ni ajustar paces o alianzas sin la aquiescencia de la Dieta. La Dieta imperial se convertirá desde 1663 en un congreso permanente con sede en Ratisbona formado por el Colegio de los príncipes electores, el de los príncipes del Imperio y el de 51 ciudades imperiales. En nombre de las «libertades germánicas», Francia y sus aliados, reducen todo lo posible los poderes del emperador en el Imperio, reforzando el de los príncipes. De hecho, el fortalecimiento de los poderes de los príncipes no sólo paraliza al emperador sino a la propia Dieta y conduce a la creación, en Alemania, de una «anarquía constituida».

Sin embargo, un príncipe elector saldrá vencedor

1. Ciento cincuenta años más tarde, el Decreto Principal de la Diputación del Imperio llevará a cabo la secularización comenzada en la Paz de Westfalia y la tempestad bélica de 1813 se llevará los últimos principados eclesiásticos alemanes y el estado del primado alemán.

de la paz, el elector marqués de Brandemburgo, que recogerá la herencia de Gustavo Adolfo de Suecia y se constituirá en cabeza y protector del luteranismo, iniciando así el camino de engrandecimiento que había de llevarle a la constitución del Reino de Prusia y segunda cabeza de Alemania hasta que Bismark consiga que Berlín sustituya a Viena.<sup>2</sup>

Francia y Suecia tuvieron mucho interés en la fragmentación de Alemania y tomaron la bandera por la libertad de Alemania sometida, según ellos, al yugo opresor de la casa de Austria. Al respecto comenta Weiss con gran acierto: «Mientras el gobierno francés, en su propio país fundaba el absolutismo, atribuía calumniosamente al Emperador semejante aspiración (la dominación sobre Europa). Su designio en esto no era otro sino destruir enteramente el poder imperial, disolver a Alemania en fragmentos, para dominar ella misma sobre ellos.»<sup>3</sup>

En efecto, Francia y Suecia tendrán derecho a intervenir en los asuntos internos del Imperio so pretexto de salvaguardar el cumplimiento de los acuerdos de Westfalia. De este modo la Paz de Westfalia venía a regular tanto la situación imperial como la europea. De hecho fue la primera paz de alcance europeo, la primera que se preocupó de establecer un régimen de equilibrio entre las potencias y para ello el primer requisito era la desaparición de la hegemonía de la Casa de Habsburgo, en sus dos ramas: la de Viena y la de Madrid. La pérdida de poder efectivo del emperador en el Imperio convirtió a los Habsburgo de Viena en poco más que en soberanos de sus estados patrimoniales, por otra parte, bastante mermados. La monarquía española, a su vez, saldrá de esta paz, de la de los Pirineos y del reconocimiento de la independencia de Portugal convertida en un estado de segundo orden, perdiendo la hegemonía gozada hasta entonces.

Analizando el nuevo panorama imperial y europeo nos podemos preguntar ¿Cómo es que Alemania cedió tanto en Westfalia? Al respecto comenta el historiador Weiss «que ningún teólogo, por erudito y concienzudo que fuese, podría acusar al Emperador de sinrazón por procurar lo mejor posible avenirse con los suecos y protestantes en su difícil posición. Fernandino III trabajó por lo que podía sal-



*Inocencio X*

vase. Hubo de tener cuenta con las fuerzas de las circunstancias, si no había de comenzar de nuevo la lucha, y no sólo destruir enteramente a Alemania sino también a Austria, arruinar del todo a la Iglesia católica de Alemania y hacer un emperador protestante o una república alemana al estilo de los Estados Generales; todo lo cual entraba en los planes de los enemigos».<sup>4</sup>

Sin embargo, el régimen de equilibrio que se pretendía establecer era falso, pues una nación, Francia, reforzaba su poder con el Tratado, convirtiéndose en la gran potencia que había de influir definitivamente en la historia de Europa.

### La era de la preponderancia francesa

**F**RANCIA fue la gran ganadora de Westfalia. El reino que el moribundo Mazarino entrega al joven Luis XIV no sólo es más grande y está mejor protegido gracias a la adquisición de Artois, Alsacia y Rosellón sino que dispone de partidarios pertenecientes a casi todos los países europeos, desde Suecia a los estados del norte de Italia y desde la

2. En el siglo XVIII Prusia se fue fortaleciendo. Federico II, el Grande, arrebató Silesia a María Teresa. Austria se fue replegando sobre sí misma, humillada, y abandonó su misión de directora del Imperio y sus monarcas se convirtieron, insensiblemente tal vez, en emperadores de Austria. Siguió el Imperio por la inercia de las cosas, esperando el golpe que había de abatirlo definitivamente. Era la hora de Napoleón.

3. Dr. J. Bta. Weiss, *Historia universal, Las guerras de religión*, vol. X, 900.

4. Dr. J. Bta. Weiss, *Historia universal, Las guerras de religión*, vol. X, 910.

Inglaterra de Carlos II Estuardo a los príncipes de la Liga del Rin. El joven Luis XIV puede considerarse justamente como el árbitro del continente. El prestigio intelectual, artístico y moral de Francia no cesa de aumentar. Empieza la era de la preponderancia francesa.

Para Suecia también resultaron beneficiosos los tratados de Westfalia pues llegó a controlar las desembocaduras de los grandes ríos alemanes Oder, Elba y Wesser. Estos territorios le son concedidos en calidad de feudos del Imperio lo que convierte al Rey de Suecia en un príncipe alemán con derecho a ocupar asiento en la Dieta.

Sin embargo, los tratados de Westfalia no garantizaron la paz general en Europa: los problemas del Báltico seguían sin solucionarse y, sobre todo, continuaba la guerra entre Francia y España. Ciertamente la Paz de Westfalia salvó la existencia del Imperio pero la posición del emperador quedó muy limitada. Y además la paz privaba definitivamente al Imperio de su carácter católico y de la autoridad del Papa como árbitro supremo en temas internacionales. Una nueva autoridad laica se erigían en árbitro de Europa.

### Graves consecuencias para Europa

EN 1635 se produjo una polémica entre escritores y publicistas españoles y franceses. Los panfletos franceses defendía una nueva concepción del mundo basada en el naciente racionalismo y en una visión exclusivamente pragmática de las cosas. Proclamaron sobre todo, la razón de Estado, según la cual las naciones no están sujetas a normas morales objetivas sino que cada una debe buscar aquella política capaz de engrandecerla materialmente. Y la Francia de Luis XIV, en apariencia cristianísima, ejercía en la práctica una política secularizadora.

De hecho el siglo xvii francés fue muy significativo dentro del proceso general de secularización de Europa, iniciado en el siglo xiv y ya netamente manifiesto a partir de la Paz de Westfalia en la que por primera vez de forma oficial las naciones cristianas ponen la razón de Estado por encima de la fe. La secularización del estado francés ha sido anterior a la de otras naciones europeas, incluidas las protestantes, pues éstas, aunque en cierto modo han sido precursoras en el proceso secularizador de Occidente, promoviendo la propia revolución protestante y, más tarde, la Ilustración, no han llevado adelante el proceso secularizador con la radicalidad de las naciones de raíz católica. Rara vez han desconfesionalizado del todo el Estado pues precisamente lo que históricamente dio el triunfo y con-

solidó la revolución protestante fue precisamente el hacerse conservadoras del protestantismo como religión de Estado o de los príncipes.

El origen histórico de la postura política secularizadora viene del siglo xvi, el de la gran contienda católico-protestante. Mientras que en las demás naciones no se conoció otra postura que seguir con la antigua religión o abrazar la nueva, en Francia, durante casi los cuarenta años de guerras de religión (1562-1598), la corona junto con el «tercer partido» o «partido de los políticos» se empeñó en llevar adelante por encima de las disidencias religiosas una política de supremacía del Estado neutro o secularizado. Si bien es cierto que la conversión de Enrique IV (1598) puso oficialmente término a la ambigüedad religiosa de la corona francesa, sin embargo en la práctica la política de los monarcas católicos posteriores se mantuvo en la línea de la supeditación de los intereses de la Iglesia a la razón de Estado. Y en esta dirección actuaron Richelieu (1582-1642) y Mazarino (1642-1661). Ambos dedicaron sus afanes al engrandecimiento del absolutismo real y del Estado francés. Cuando se trataba de razón de Estado, para Richelieu no existían obstáculos. Apoyó a Gustavo Adolfo, alentó su ataque a Alemania y antes y después ayudó a los protestantes alemanes durante la guerra de los Treinta Años. «Por lo demás se sintió cardenal más por la gracia del rey que por la gracia del Papa».<sup>5</sup> El cardenal Mazarino fue sucesor de Richelieu en la dirección suprema de la política francesa desde 1643. La gran animosidad que se creó contra él (los 15 tomos de las «mazarinadas») anunciaban ya la peligrosa explosión revolucionaria que sobrevendría a fines del siglo xviii.

Definitivamente Westfalia marco la cúspide del proceso secularizador que se había puesto en marcha con Felipe el Hermoso a comienzos del siglo xiv. Y este proceso secularizador de los estados fue el terreno apto ya para asumir el nuevo impulso proporcionado por Spinoza: la absolutización del Estado, que se erigía con completa autonomía respecto a su Creador y, por ende, respecto a la autoridad de la Iglesia. Es así como las ideas de Spinoza no sólo sustentaron la Declaración de los Derechos del Hombre de Jefferson sino que también constituyeron el esquema sobre el que se redactaron las diversas constituciones de la Revolución francesa, ya sea la monárquica de 1791, la republicana de 1793 o la napoleónica del año viii (redactada por el spinoziano Sieyès que incluye párrafos tomados literalmente del *Tractatus teológico-político*).

5. M. Lortz, *Historia de la Iglesia*, II, Madrid, Cristiandad, 1982.

# Europa en el siglo XIX y la Iglesia católica

ORIOU ANGUERA DE SOJO PEYRA

**E**STE artículo va a tratar de Europa en el siglo XIX y el catolicismo o la Iglesia católica. Precisamente en el siglo XIX se extiende el término *catolicismo*. Basta recordar el título de dos obras significativas: *El protestantismo comparado con el catolicismo*, de Jaime Balmes, y *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, de Donoso Cortés. Pero el papa Pío XII dijo que el término *catolicismo* no es el adecuado, pues puede sugerir una ideología, siendo más preciso el sustantivo de Iglesia católica, con el que titulamos el artículo.

Se intenta una visión rápida de lo que supuso el siglo XIX para la Iglesia de Europa sin profundizar en sus particularidades, cada una de las cuales podría sugerir un artículo monográfico.

El siglo XIX es de gran importancia en la vida de la Iglesia en Europa pues sigue inmediatamente al terremoto que supuso la Revolución francesa y contempla la lucha sin cuartel del espíritu revolucionario contra toda la tradición, pero principalmente contra la Iglesia, y que culmina con el triunfo humano de la Revolución. Pero es, al mismo tiempo, un siglo en el que se siembran semillas llamadas a hacer un gran bien en la Iglesia.

Ante todo, el siglo XIX europeo es una gran explosión de orgullo humano, consecuencia directa de la Revolución, cuyo postulado principal era la emancipación del hombre de toda autoridad ante todo religiosa. Un autor francés del siglo XX decía que la Revolución había representado «la puesta en plural del pecado original». A este orgullo ideológico le acompañaron los progresos científicos e industriales propios del siglo, que aunque produjeron sufrimientos y trastornos desmedidos, reafirmaron en el hombre su orgullo y autosuficiencia. Trajo también el siglo XIX europeo un hecho nefasto para la Iglesia, y fue el apartamiento y cada vez mayor apostasía del pueblo sencillo. Piénsese que la animosidad contra la Iglesia de los siglos XVII y XVIII había sido de elites y radicaba en los autollamados *filósofos*, que de tales tenían poco; abates mundanos y libertinos y sectores de la nobleza y de la burguesía. El pueblo sustancialmente había permanecido fiel a la Iglesia. Desde mediados del siglo XIX la industrialización, la concentración en barrios periféricos de las ciudades, el liberalismo y en consecuencia el socialismo produce un progresivo apartamiento de los pobres de la Igle-

sia, que va a seguir y aumentar en el siglo XX e inicios del XXI. Ello en Europa y mucho menos en América.

En el siglo XIX y como consecuencia del anterior absolutismo y sobre todo de la Revolución francesa, el nacionalismo, superando la sana idea del patriotismo, supone en sus momentos álgidos una verdadera idolatría de la nación, cuyas consecuencias en el siglo XX serán las espantosas guerras mundiales.

La Iglesia en Europa se ve acosada por los gobiernos y ve perder su influencia social, pudiéndose advertir las señales que en el siglo XX estallarán en persecuciones sangrientas superiores a las del Imperio romano y harán del siglo pasado el siglo de los mártires por excelencia.

No es intención de este artículo una mayor profundización en los males y sinsabores de la Iglesia en el siglo XIX, sino al contrario resaltar aquellos movimientos que se produjeron en su seno bajo la inspiración del Espíritu Santo y pueden tener y de hecho tienen una gran influencia en la vida de la Iglesia y de Europa.

## **El siglo XIX en Europa es el del gran desarrollo de la devoción al Sagrado Corazón.**

**N**ACIDA en el siglo XVII con las revelaciones a santa Margarita, con la oposición cerrada del jansenismo y también del sector ortodoxo pero reticente, experimenta en el siglo XIX una popularización sin precedentes. Ya a partir de finales del XVIII, el «detente» con la imagen del Sagrado Corazón aparece en los combatientes vendeanos y chuanes contra la Revolución, como en el siglo siguiente aparecerá en los carlistas españoles. En 1856, Pío IX inscribe en el calendario litúrgico la fiesta del Sagrado Corazón y en 1864 beatifica a Margarita de Alacoque. En todas partes se consagran iglesias como la famosa basílica de Montmartre, se entronizan en hogares, veintidós congregaciones religiosas se colocarán bajo su advocación, se crean cofradías, se consagran diócesis y países, como Ecuador por García Moreno. Se pide la consagración del mundo que a fines de siglo, en 1899 realiza León XIII, en el acto más importante del pontificado tan largo y denso, dicho por él mismo.



Pío IX

No fue de los factores menos importantes la labor del Apostolado de la Oración, sobre todo desde el padre Ramière y la revista *El mensajero del Corazón de Jesús*. La labor incansable del padre Ramière favorece la idea, que en este siglo penetra cada vez más en el pueblo fiel, del reinado de Cristo por la devoción al Sagrado Corazón, cuya culminación litúrgica fue la fiesta de Cristo Rey, instituida por Pío XI en el primer tercio del siglo xx.

### El siglo XIX, inicio de un periodo marcadamente mariano en la vida de la Iglesia

EL siglo XIX en Europa puede denominarse también un siglo mariano. En primer lugar, por la solemne definición dogmática de la Inmaculada Concepción por Pío IX, que tuvo enorme repercusión en todo el continente. En segundo lugar, se inicia un período de apariciones marianas, superior que en otras épocas de la vida de la Iglesia. Se inicia con la Medalla Milagrosa en París a santa Catalina Labouré en 1830; sigue La Salette en 1849 y culmina en Lourdes a santa Bernadette Soubirous en 1858. En el siglo xx van a proseguir con Fátima en 1917 y otras, pendientes de aprobación eclesial pero tampoco rechazadas.

### Nuevo fervor

EL maligno jansenismo y sus tremendas secuelas no pueden darse por desaparecidos, pero retroceden al compás de nuevas formas de fervor, como la práctica de la Adoración Perpetua y Adoración Nocturna que se va introduciendo en toda Europa, el ya citado Apostolado de la Oración y diversas prácticas marianas y principalmente se inició la tendencia de la comunión frecuente y temprana de los niños que favorecen el padre Chaurier y san Juan Bosco y culminarán a principios del siglo xx con la reforma de san Pío X.

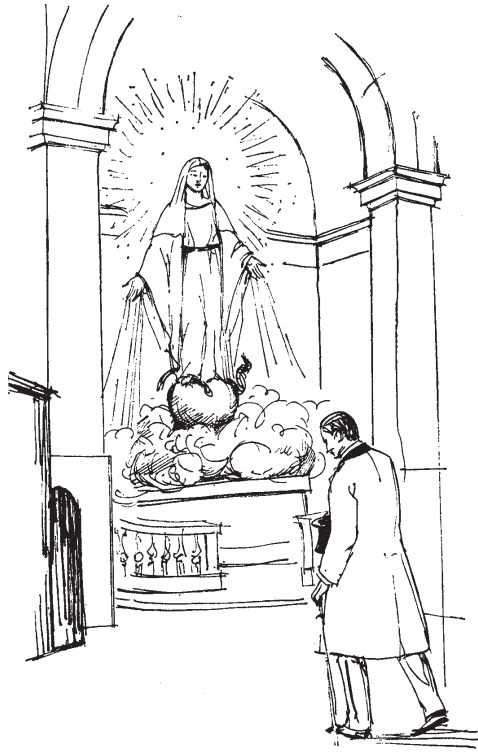
### Reafirmación y popularidad del papa

HAY dos hechos importantísimos en el siglo XIX que afectan al papado. En primer lugar en el Concilio Vaticano I el 18 julio de 1870 mediante la constitución *Pastor Aeternus* se proclama la infalibilidad pontificia, dogma que aunque creído de siempre por la mayoría del pueblo fiel había sido muchas veces y particularmente en los últimos siglos objeto de controversia. Es un bien inmenso para la Iglesia esta definición de la infalibilidad pontificia, que ha supuesto un reforzamiento de la autoridad del magisterio ordinario, magisterio auténtico del Papa.

El segundo hecho menos importante en lo doctrinal pero mucho en lo sociológico, es el acercamiento y familiaridad de la figura del papa, sobre todo y especialmente desde el beato Pío IX, en lo que tuvo mucho que ver la personalidad de este pontífice. Hasta Pío IX la figura del papa reinante no era familiar ni corrientemente generaba devoción entre los fieles. El papa, aunque respetado como Vicario de Cristo y sucesor de san Pedro, no era amado filialmente como lo ha sido a partir de Pío IX y hasta Juan Pablo II. El historiador José Orlandis dice textualmente:

«Una importancia trascendental tuvo el fenómeno inédito del acercamiento entre el papa y el Pueblo de Dios, hecho posible por el desarrollo de las comunicaciones (ferrocarriles, barcos a vapor) que facilitó el viaje a Roma a multitudes de católicos de toda procedencia. Gracias a ello y a la rapidez en la transmisión de noticias mediante el telégrafo el papa dejó de ser un personaje remoto: se hizo próximo y asequible y sus mismos infortunios y desgracias le acercaron todavía más al corazón de los fieles. Se ha dicho, con razón, que Pío IX fue el primer papa “querido” de la historia moderna. Por primera vez los católicos miraron y amaron al papa como a un padre, y su litografía presidió como un retrato familiar los hogares cristianos de toda la tierra». Este





*Aparición de la Virgen a Alfonso Ratisbona*

factor sociológico tiene gran importancia. Piénsese en la figura de Juan Pablo II y su proyección en la Europa de hoy, momento mucho más frío y laicista que el del siglo XIX.

### Grandes santos del siglo

EL siglo XIX vuelve a ser un siglo de muchos y grandes santos. Nunca falta la santidad en la Iglesia, pero en el anterior siglo XVIII entre la Ilustración y la huella jansenista hubo un siglo seco y frívolo sin el grueso de santidad de los siglos XVI y XVII, a pesar de san Alfonso María de Ligorio y de san Luis M<sup>a</sup> Grignion de Montfort. El siglo XIX, siglo peor en el camino del mal sobre todo en la des-cristianización de las clases populares, ve grandes santos como santa Teresita del Niño Jesús, a finales del siglo iniciadora de uno de los caminos espirituales más importantes de la historia, y cuyos frutos son incontables; san Juan Bosco, fundador de la gran obra de un siglo, pletórico en fundaciones, los salesianos; san Juan Bautista Vianney (el Cura de Ars), modelo de párroco, y tantos otros. De la multitud de santos y santas españoles basta citar a nuestro san Antonio María Claret. Hay que recordar al gran papa, el beato Pío IX, el de más largo pontificado, cuya defensa de la Iglesia contra los errores desbocados del siglo es insuperable. Precisamente la fructificación de congregaciones religiosas en el siglo XIX europeo es posiblemente la más abundante de la historia.

### Expansión misional a todo el mundo

UNA de las obras más importantes del catolicismo europeo en el siglo XIX y de las más gloriosas, es su expansión misionera a todo el mundo, particularmente a los continentes asiático y africano y Oceanía. Su fuerza puede compararse con las grandes evangelizaciones de los primeros siglos y la de América por los españoles en el siglo XVI. Este gran impulso lo dio Pío IX.

Ciertamente, no tiene el éxito masivo de las anteriores evangelizaciones en Europa y América. Posiblemente el heroísmo misionero se vio contrarrestado y perturbado por los gobiernos europeos que ya no eran, en general, cristianos. Es cierto que África y, sobre todo, Asia no han sido impregnados por el cristianismo, excepto Filipinas, pero no desdice la labor titánica de los misioneros, que crearon cristiandades pequeñas pero piadosas y sólidas, que hoy ante la progresiva apostasía de Europa, son esperanza de la Iglesia.

### Resurrección del tomismo

UNO de los hechos importantes de la Iglesia del siglo XIX es la restauración del tomismo, impulsada por León XIII en la encíclica *Aeterni Patris*, que dio un vigoroso golpe de timón a los estudios eclesiásticos después de la decadencia anterior, señalando a santo Tomás de una forma más clara que nunca como filósofo y teólogo no exclusivo, pero sí más sólido de la Iglesia, hasta el punto que el sucesor de León XIII, san Pío X afirmó que no se podía dejar a santo Tomás en ontología, sin peligro.

### Conversiones

TODOS los siglos han estado llenos de conversiones, unas notorias y otras desconocidas, pero el siglo XIX destaca por conversiones sonadas. Citaremos las conversiones anglicanas, simbolizadas por Newman y Manning, y otras en las que se repara menos, que son las de algunos judíos, como los hermanos Ratisbona, los hermanos Libermann, o Herman Cohen, impulsor de la Adoración Nocturna, cuyas conversiones parecen precursoras de la futura conversión del pueblo elegido anunciada por san Pablo.

En el siglo XIX europeo, siglo trágico que ve el triunfo de la idea revolucionaria y la des-cristianización del pueblo, el Espíritu Santo mueve a la Iglesia por caminos que actualmente se evidencian y en el futuro brillarán con mayor fuerza.

# La Inmaculada: el arte se adelanta al dogma

YEDRA M<sup>a</sup> PÉREZ GARCÍA

**Y**A desde muchos siglos antes de proclamarse el dogma en la Iglesia por parte del papa Pío IX en 1854, el pueblo aclamaba como Inmaculada a la Virgen desde su Concepción. Esta realidad se puede contemplar en el arte de esos siglos previos a la proclamación del dogma. Toda esa devoción popular, además de los ataques de los protestantes contra esa creencia más tarde, ya en el siglo XVII, hizo que las manifestaciones artísticas fueran muy numerosas. En este artículo vamos a ocuparnos especialmente de las representaciones pictóricas españolas durante ese periodo.

La polémica que se vivió, sobre todo en Sevilla, sobre si la Virgen había sido concebida o no sin pecado original, llevó a numerosas órdenes religiosas a encargar obras a los mejores pintores del momento. Uno de los más solicitados fue, sin lugar a dudas, Murillo, quien alcanzó gran fama y múltiples e importantes encargos, colocando a Zurbarán y a tantos otros en un segundo plano.

La iconografía de la Inmaculada fue llevada a cabo por Francisco Pacheco en su *Arte de la pintura* (1649,) donde describe la manera de representarla. La Virgen debía aparecer a una edad juvenil, casi niña, de unos doce o trece años, adornada con una corona de doce estrellas, vestida con túnica blanca y manto azul, símbolos de pureza y eternidad. La Virgen aparece con las manos unidas, recogida en actitud orante. Toda su figura debía estar rodeada con un aura de luz.

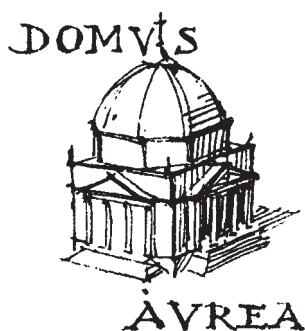
Se la representa sobre la luna en cuarto creciente, colocada hacia abajo, y una serpiente a sus pies simbolizando su triunfo sobre el pecado. Tanto la corona de doce estrellas, como la luna a sus pies y la luz dorada envolviéndolo todo nos remiten a los símbolos del Apocalipsis donde María aparece como la Mujer vestida de sol, coronada por doce estrellas y con la luna a sus pies (Ap 12,1).

Ésta es la iconografía clásica descrita por Pacheco sobre la Inmaculada, aunque como veremos los pintores utilizaron innumerables símbolos para representar las virtudes de María, colaborando así a la devoción de los fieles hacia la Inmaculada Concepción.

Roelas, Zurbarán y varios pintores más habían dotado de gran fama a la pintura sevillana del siglo XVII, llegando a convertirse en una de las más estimadas del momento. Bartolomé Esteban Murillo es continuador, podríamos decir, de esta escuela, pero al incorporar a su obra aspectos estudiados tanto de grandes maestros españoles como extranjeros del Barroco, alcanzó gran éxito, llegando a convertirse en uno de los pintores más apreciados de la época.

Murillo sigue, en parte, las normas dictadas por Pacheco, aunque fue más allá e incorporó aspectos renovadores, que dieron un importante giro a lo pintado hasta entonces basándose en Ribera, Valdés Leal y Rubens, que comenzaron discretamente a dotar de cierto dinamismo a la Inmaculada. Esta versión en movimiento dejaba atrás las Inmaculadas descritas por Pacheco en las que el recogimiento y estatismo dictados por él, y puesto en práctica sobre todo por Zurbarán, van dejando paso a una Inmaculada llena de vida. Las obras de estos pintores destacan por su belleza, que no sólo se centra en el rostro sino también en el cuerpo cargado de movimiento por una fuerza interior, donde los ropajes se pliegan, recordándonos que estamos ante una mujer cuyo papel en la historia sagrada deriva precisamente de su condición de mujer: «Enemistad pondré entre tú y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: ella te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar» (Gn 3,15).

Zurbarán es uno de los más fieles seguidores de las pautas dictadas por Pacheco sobre el modo de representarla. El mismo Pacheco lo mostró en alguna de sus obras. Estas normas iconográficas fueron





adoptadas por gran parte de los pintores de la época, aportando al pueblo una visión más clara del privilegio de la Virgen, y reforzando a su vez la creencia del mismo a favor de este aspecto singular.

Zurbarán cargó de símbolos sus cuadros de la Inmaculada, especialmente los primeros que realizó, reflejando y concretando el sentir del pueblo y adelantándose a la proclamación del dogma.

### Las Inmaculadas de Zurbarán

EL pintor organiza el espacio pictórico de una manera recurrente en la mayoría de sus cuadros: en el centro aparece la Virgen, de acuerdo a las pautas de Pacheco, a su alrededor, entre las nubes, aparecen varios símbolos que nos hablan de sus virtudes. En alguna ocasión suelen coronar a la Virgen cabezas de ángeles además de la corona de doce estrellas ya citada. El celaje normalmente es de tonos dorados que revisten a todo el cuadro de un ambiente divino, recordándonos lo escrito en el Apocalipsis.

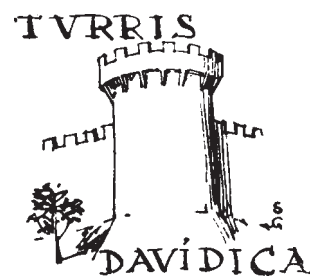
En la parte inferior del cuadro Zurbarán muy hábilmente ha colocado múltiples símbolos que provocan en el fiel la devoción y amor hacia María, en su privilegio de ser Inmaculada desde su concep-

ción. Estos símbolos nos hablan de la Virgen como intercesora entre el mundo terreno y Dios, aunque cada uno de ellos tiene un significado singular como veremos a continuación.

### Descripción de la iconografía de la Inmaculada de Zurbarán, 1630, Sigüenza

Si recorremos el lienzo observaremos cómo Zurbarán ha situado alrededor de la Inmaculada multitud de símbolos de la letanía lauretana, que discretamente acompañan a la Virgen, presentándonosla como la vencedora del pecado, la nueva Eva que con su pie ha aplastado la cabeza a la serpiente.

En la parte superior izquierda del cuadro aparece la letanía de **Puerta del Cielo** (*Janua coeli*) Es una invocación con doble sentido. La primera interpretación se refiere a María como la puerta del cielo por donde ha venido su Hijo Jesucristo, Nuestro Salvador, quien nos ha redimido del pecado para abrirnos las puertas del cielo. El segundo sentido es el de María como la puerta santa que nos conduce hasta él, quien nos lleva de la mano hasta el Salvador del género humano. Ella es la puerta oriental del templo, que permanece cerrada porque por él ha pasado



el Dios de Israel (Ez 44,2), símbolo de su virginidad e incorruptibilidad desde su concepción.

Hacia la puerta sube una escalera que asciende al cielo. Anastasio de Antioquía llama a la Virgen «escalera del cielo, puerta del paraíso, trámite de unión entre los hombres y Dios» ella es la **Escalera con la que soñó Jacob** que une cielo y tierra (Gn 28, 12), por la que los hombres llegamos al cielo.

María es también **Espejo de justicia** (*Speculum Iustitiae*). Es el símbolo que nos habla de Ella como el reflejo de la perfección de Dios, y por tanto concebida sin pecado. En el lenguaje bíblico la palabra justicia se identifica con santidad, por eso con esta invocación nos dirigimos a María como el reflejo fiel de las tres Personas. En la encíclica *Redemptoris Mater* leemos sobre la Virgen: «Entre todos los creyentes es como un espejo, donde se reflejan las maravillas de Dios», basada en el Libro de la Sabiduría (Sb 7,26): «La sabiduría es el resplandor de la luz eterna y espejo immaculado de la actividad de Dios y una imagen de su bondad» (RMa). Así es la Virgen, reflejo fiel de la perfección eterna de su Creador: «es un reflejo de la luz eterna, un espejo sin mancha de la actividad de Dios, una imagen de su bondad» (Sb 7,26).

**La Estrella** (en la letanía lauretana Estrella de la mañana, *Stella matutina*) expresa simbólicamente la esperanza de quien aguarda la llegada del día después de las tinieblas de la noche. Diversos pasajes de la Biblia presenta a las estrellas como guías. El más conocido de todos es el de los Reyes Magos que fueron a adorar a Jesús guiados por una estrella. San Buenaventura nos dice: «La estrella superior, que es la bienaventurada Virgen, nos conduce a Cristo». También san Bernardo nos exhorta: «Mira a la estrella, invoca a María». Muchos otros textos de escritores eclesiásticos se refieren a María como «Estrella del mar» y así se manifiesta también en el repertorio iconográfico en torno a la Inmaculada.

Algunos de los símbolos son **la palmera, el cedro y el ciprés**, que aparecen en la parte inferior derecha del cuadro dentro de un jardín, son un reflejo del libro del Eclesiástico, en el elogio de la Sabiduría «como cedro me he elevado en el Líbano, como ciprés en el monte del Hermón. Como palmera me he elevado en Engadí, como plantel de rosas en Jericó, como gallardo olivo en la llanura, como plátano me he elevado...» (Eclo 24,13-15) La liturgia aplica este pasaje a la Virgen María.

**La Fuente** que aparece en la iconografía de la Inmaculada, hace referencia al Cantar de los Cantares, cuando dice: «...eres fuente sellada» (Ct 4,12); «fuente de los huertos» (Ct 4,15) Todo hace referencia a la virginidad y preservación del pecado.

**El Pozo** incide en la metáfora del agua, y es citado en el mismo capítulo del Cantar de los Cantares que la fuente: «pozo de aguas vivas» (Ct 4,15).

**La Torre**, que aparece dentro de una ciudad amurallada en la parte inferior izquierda del cuadro, es otra de las invocaciones marianas (Torre de David, *Turris Davídica* o Torre de marfil), en este cuadro está encarnada en la Giralda y es un motivo típico de los cuadros de la Inmaculada. Hace referencia también al Cantar de los Cantares «tu cuello, la torre de David, edificada como fortaleza» (Ct 4,4). La torre del alcázar en el que se instaló el rey David cuando conquistó Jerusalén, fue símbolo de su poder y expresión de singular dignidad y hermosura. La invocación a María como Torre de David alude a su belleza espiritual sin mancha, a su firmeza en la fe y a su dignidad de Madre del Mesías.

En sentido similar a la torre podemos mencionar **la ciudad amurallada**, Ciudad de Dios como fortaleza inexpugnable, signo de la virginidad de María, y de que no fue tocada por el pecado (un sentido parecido es el del huerto cerrado, también mencionado anteriormente).

La Virgen aparece sobre un **cuarto de luna**, como la Mujer del Apocalipsis una vez más. Va vestida con una túnica blanca (símbolo de su pureza y gracia perpetuas) y manto azul, haciendo referencia a la eternidad.

Conviene recordar aquí que nuestra actual bandera europea tiene su origen en la simbología apocalíptica que la Iglesia refiere a la Virgen. Cuando se sacó a concurso en 1950 el diseño de la que sería la enseña oficial de Europa, el ganador fue un ferviente devoto de la Inmaculada Concepción de la Rue du Bac, que se inspiró en la corona de la Virgen para el diseño de la bandera.

La Inmaculada, pues, ha estado presente también durante todo este tiempo, aunque fuese de manera velada y desconocida por muchos y sigue estándolo en medio de una Europa que, sin duda, habrá de volver a sus orígenes cristianos y al amor por la Virgen Inmaculada que siempre le había caracterizado y en el que había enraizado su cultura y su historia.



# San Claudio la Colombière y el Corazón de Jesús\*

P. JACQUES ROUBERT, S.I.,  
superior de los jesuitas de Paray-le-Monial

**S**AN Claudio la Colombière vivió poco tiempo en Paray-le-Monial. Aparte de una corta estancia de diez días en 1679 a su regreso de Inglaterra, no pasó allí más que dos breves temporadas. La primera de febrero de 1675 a septiembre de 1676, y la segunda de septiembre de 1681 hasta su muerte, el 15 de febrero de 1682. Pero la importancia de los acontecimientos a los que fue asociado ha unido definitivamente su nombre al de la vida de santa Margarita María.

Desde el 27 de diciembre de 1673 en que la visitandina había reposado sobre el Corazón de Cristo, habían tenido lugar otras apariciones, en el transcurso de las cuales el Señor le había revelado a Margarita María las riquezas de su amor, tan a menudo mal recibido por los hombres, incluso por las personas consagradas, y había pedido la institución de una fiesta en honor de su Sagrado Corazón. Pero todos tenían por una iluminada a esta religiosa, cuya infancia y adolescencia había sido ya marcada por sucesos fuera de lo corriente. Ella misma llegaba a dudar de la autenticidad de sus visiones y suspiraba por encontrar un guía de luz segura.

## La dirección espiritual y el reconocimiento de las apariciones del Corazón de Jesús a Margarita María

**E**L Corazón de Jesús había prometido a Margarita María enviarle a «su fiel servidor y perfecto amigo». Cuando el padre La Colombière vino al monasterio de la Visitación por primera vez, la religiosa lo reconoció en seguida y

se estableció rápidamente entre ellos gran confianza. Aun con sólo 34 años, el joven jesuita disponía ya de una cierta experiencia en la dirección de al-

mas. Tenía sólidos conocimientos teológicos, buen juicio, y sobre todo una profunda vida espiritual. Acababa de terminar su último año de formación, llamado «terceronado», comprometiéndose definitivamente en el camino de la santidad: un compromiso subrayado por el voto que hizo de observar todas las reglas de su orden. No era un esfuerzo voluntarista, sino una respuesta confiada a la llamada de su Señor. Las notas espirituales de esta época lo muestran imbuido de una confianza en Dios sin límite. Una confianza que suprime todo temor, incluso el que podría nacer del pecado. Había comprendido que el amor del Salvador es más grande que

el pecado, y que la mejor manera de reparar las ofensas hechas a Dios era abandonarse sin reservas a las exigencias de su amor.

Todo ello le predisponía a comprender las experiencias espirituales de su nueva dirigida. Se convenció al punto de lo serio de sus apariciones, y pudo asegurarla, y asegurar también a sus superiores y a su entorno. Las revelaciones referidas por Margarita María no disintían del contenido de la fe y, por otra parte, constataba los frutos de humildad y de fidelidad religiosa que producían. Se juzga al árbol por sus frutos.

## Venerar al Corazón de Jesús es venerar a la misma persona de Jesús

**D**IRECTOR de Margarita María, el padre La Colombière devino también su discípulo. Lo que el Corazón de Jesús había revelado a la religiosa, vino a ser igualmente revelación para él, y también objeto de su reflexión teológica. Venerar



\*Reproducido del número de febrero de 2005 de la revista *Paray-le-Monial*.

al Corazón de Jesús era venerar a la persona del mismo Jesús. Es así como lo entendía también Margarita María.

El corazón significaba la humanidad de Jesús, el Hijo de Dios encarnado; era pues ese corazón humano, ese corazón de carne que había latido en el pecho de un hombre, criatura perfecta abandonada a la voluntad del padre; ese corazón sobre el que había reposado su cabeza el apóstol Juan; ese corazón humano que había sido traspasado por la lanza del soldado. Era pues legítimo el representarlo. Un día en el momento de comulgar, Margarita María había visto este Corazón abierto recibiendo los corazones de sus dos discípulos, el suyo y el de su director.

Según la fe católica, subsistiendo en una sola persona, hay en Jesús una naturaleza humana y una naturaleza divina. Así, en este corazón humano, el creyente reconoce también el Corazón de Dios. Jesús nos revela lo que es el amor del Padre, y como le responde su amor de Hijo. Viendo el Corazón traspasado de Jesús crucificado, comprende que el amor de Dios no tiene límite y que ama «hasta el extremo», retomando la expresión del evangelista Juan.

El Corazón de Jesús se apareció a Margarita María en medio de llamas y rodeado de espinas, invitando a contemplar a Jesús en el momento del sacrificio supremo, víctima de la violencia, de la ingratitud, de todas las fuerzas del mal. Pero es el momento en que el Padre puede ver por fin a un hombre, a una criatura, al verdadero Adán, responder plenamente a este amor que ha dado el Creador con superabundancia. El Padre puede ver las injurias de los hombres, pero, a un tiempo, ver también la respuesta de amor de la criatura perfecta. Se comprende entonces como los cristianos honrando al Corazón de Jesús quieran unirse en oración reparadora a la ofrenda del Hijo. El Sagrado Corazón había hecho compartir a Margarita María los sufrimientos de su agonía: era bueno para unirla a su sacrificio cuyo término es el Corazón traspasado.

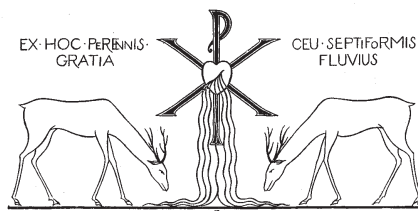
### Su misión: hacer descubrir la riqueza del Corazón de Jesús

EL gran mosaico que orna el coro de la capilla de La Colombière de Paray-le-Monial recuerda la visión en que la Virgen revela a Margarita María la responsabilidad de las visitandinas y

de los jesuitas en la instauración y la expansión de la devoción al Corazón de Jesús. Tuvo lugar en 1688, seis años después de la muerte de san Claudio. Pero desde el primer momento, fiel a la demanda transmitida por Margarita María, Claudio se las ingenió para dar a conocer la devoción al Corazón de Jesús. Condujo así a una comunidad de sus hermanos jesuitas, probablemente en Lyon, a adoptar esta devoción, varios de cuyos miembros llegaron luego a ser sus ardientes propagadores.

Siendo capellán de la Duquesa de York, se empeñó en hacer descubrir la riqueza del Corazón de Jesús a los católicos ingleses que acudían a escuchar sus sermones a la capilla de Saint James. Predicando sobre la Pasión, más que extenderse en los diversos episodios del camino de la cruz, invitaba a sus fieles a buscar el verdadero sufrimiento de Cristo en ese corazón que ve rechazado su amor por tantos pecadores. Un franciscano inglés, futuro mártir, vino a verle un día a escondidas, y le confesó que para los católicos ingleses, era el hombre de la devoción al Corazón de Jesús. Encontró también una ferviente discípula en la persona de la duquesa, quien vino a ser reina de Inglaterra, y luego, exilada en Francia, se dedicó a dar a conocer esta devoción y llegó hasta pedir al papa que autorizara una celebración solemne de la fiesta del Corazón de Jesús en las iglesias de la Visitación. Era aún demasiado pronto: una multitud de devociones dudosas surgían entonces en la Iglesia, y la devoción al Corazón de Jesús fue tenida por una de ellas. Los mismos superiores de la Compañía de Jesús y de la Visitación eran claramente desfavorables. El Papa autorizó sólo la celebración solemne de la misa de las Cinco Llagas en los conventos de la Visitación.

Así, a pesar de sus esfuerzos, ni Margarita María ni Claudio pudieron realizar en vida lo que pedía el Corazón de Jesús. Pero los discípulos se habían multiplicado, habían nacido las cofradías consagradas al Sagrado Corazón, su devoción se hizo cada vez más familiar y mejor comprendida, pero no fue hasta 1856 cuando la Iglesia instauraría la celebración solemne del Corazón de Jesús. Reconocía así el valor de esta devoción honrando a quienes habían sido sus iniciadores. Margarita María sería beatificada en 1864 y canonizada en 1920. Claudio la Colombière recibía el mismo reconocimiento de la Iglesia en 1929 y en 1992.



# «Para la evangelización de hoy es preciso que al Corazón de Cristo se le reconozca como corazón de la Iglesia»

*Homilía del papa Juan Pablo II  
en la canonización de Claudio la Colombière  
Roma, 31 de mayo de 1992*

1. [...] Cristo ruega por el amor: «Para que el amor con que tú me has amado permanezca en ellos, y yo también permanezca en ellos» (Jn 17,26). Cristo revela el secreto de su corazón. Este corazón humano del Hijo de Dios es precisamente un inefable santuario que contiene todos los tesoros del amor: es un corazón «desbordante de bondad y de amor» (Letanías del Corazón de Jesús).

2. La oración pronunciada por Cristo en el Cenáculo continúa en la Iglesia: de siglo en siglo, de generación en generación, y constituye una «fuente de vida y santidad» eterna. Pero en la historia, hay momentos particulares, lugares y personas escogidas, que podríamos decir que redescubren y revelan de nuevo esta verdad eterna e imperecederas sobre el amor. Claudio la Colombière es sin duda una de esas personas.

[...]

4. Verdadero compañero de san Ignacio, Claudio [...] guarda humildemente el sentido de «su miseria» para no apoyarse más que en su esperanza en Dios y en su confianza en la gracia [...] Ha forjado su espiritualidad en la escuela de los ejercicios. Si se atreve a una fidelidad total a Cristo, es en virtud de su agudo sentido del poder de la gracia que le transforma. Accede a la perfecta libertad de quien se entrega sin reservas a la voluntad de Dios: acepta pruebas y sacrificios pensando que Dios las exige de nosotros sólo por amistad». Su gusto por la amistad le lleva a responder a la amistad de Dios en un impulso de amor renovado cada día. [...] Dice: «la oración es el único instrumento [...] mediante el cual Dios se une a nosotros para que podamos hacer algo por su gloria». En el apostolado los frutos y el éxito vienen menos de las facultades de la persona que de la fidelidad a la voluntad divina y de la transparencia a su acción.

5. Con gran seguridad de discernimiento,

autentifica de entrada la experiencia mística de esta «discípula bienamada del Sagrado Corazón». De ella recoge el mensaje que alcanzará gran resonancia: «Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no se ha reservado nada, hasta agotarse y consumirse por testimoniarles su amor» (Retiros n.º 135). En los años de vida que le restan interioriza «las riquezas infinitas» de este Corazón. En adelante su vida espiritual se desarrolla en la perspectiva de la «reparación» y de la misericordia infinita» Se ofrece por completo al Corazón de Jesús, «siempre ardiente de amor». [...] Sintiendo su debilidad se entrega al poder de la gracia: «Haced en mí vuestra voluntad, Señor [...] Os toca hacerlo todo, divino Corazón de Jesús» (Ibid. Ofrenda, n.º 152)

[..]

7. «Damos gracias de nuevo hoy aquí por el mensaje confiado a los santos de Paray. Lo esencial permanece, por más que la forma de expresión y la sensibilidad, sin duda, cambien. Desde que se ha descubierto en la adoración eucarística y la meditación del Corazón de Jesús «siempre ardiente de amor por los hombres» (retiros núm. 150) ¿cómo puede ya uno dejarse seducir por formas de meditación que se repliegan sobre uno mismo sin acoger la presencia del Señor? ¿Cómo puede ya ser uno atraído por la proliferación de concepciones de lo sagrado que no hacen mas que enmascarar un trágico vacío espiritual?

Para la evangelización de hoy es preciso que al Corazón de Cristo se le reconozca como corazón de la Iglesia: es él quien nos llama a la conversión y a la reconciliación. Es él quien atrae por el camino de las bienaventuranzas a los corazones puros y a los hambrientos de justicia. Es él quien realiza la calorosa comunión de los miembros del Cuerpo único. Es él quien permite adherirse a la Buena Noticia y acoger las promesas de la vida eterna. Es él quien envía en misión. Tratar con Jesús de corazón a corazón alarga el corazón del hombre a las dimensiones del mundo.»

## «Vida de la venerable Margarita María», por Juan José Languet

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

VIMOS como la Providencia dispuso que el obispo monseñor Languet fuera conocido en toda Francia como defensor de la ortodoxia católica frente a la herejía jansenista, y como ya en 1715, tras su paso por Paray-le-Monial, le inspiró que publicara su *Tratado de la confianza en la misericordia de Dios*, refutando la desesperante doctrina de estos herejes sobre el rigor de la justicia divina y el corto número de los que se salvan. La firma de monseñor Languet debía gozar de autoridad, pues había sido destinado en su siglo volteriano y jansenista, a dar a conocer el mensaje del amor misericordioso del Corazón de Jesús a los hombres, mediante la publicación de la vida de su mensajera Margarita María.

### **Eclesiásticos cortesanos en la Francia del siglo XVIII**

LA política religiosa de la Francia de su siglo estaba marcada por la Paz de Westfalia, que en 1648 supuso el fracaso de la restauración católica en Europa, y el triunfo del sistema protestante de dominio de los soberanos sobre la religión y las conciencias de sus pueblos. Luis XIV y madame de Maintenon habían puesto de moda en la Corte cierta especie de piedad selecta y austera, que la aristocracia cortesana imitaba discutiendo sobre la eficacia de la gracia en sus salones de París, a los que daba buen tono la presencia de cultos prelados, que, alejados de su diócesis, departían con elegante naturalidad, más sobre lo humano que sobre lo divino. Pero en 1715, a la muerte del Rey Sol, y durante la minoría de edad de su biznieto Luis XV, en pocos meses dejaron de estar de moda en los salones las discusiones religiosas, y el ambiente clerical ilustrado dejó paso al volterianismo burlesco y blasfemo. Lo único que permanecía era el presumir de cultura y progreso, pero ahora, en nombre de la razón, de la naturaleza y de la tolerancia, lo moderno y elegante era el declararse escéptico, si no abiertamente ateo y anticlerical. El descreído regente Felipe de Orleans, rehabilitaba al arzobispo de París, cardenal De

Noailles, desterrado por Luis XIV por jansenista, y le confiaba los asuntos religiosos del reino. Haciendo alarde de su galicano dominio sobre la Iglesia francesa, el regente logró del benévolo Inocencio XIII que su disoluto amigo Dubois fuera investido obispo de Cambrai, y en 1721, antes de nombrarle primer ministro, exigió para él la púrpura cardenalicia. Tras la temprana muerte de éste dos años después, haría otro tanto con monseñor De Fleury.

### **«Vida de la Venerable Madre Margarita María»**

EN este ambiente ilustrado, jansenista, libertino y galicano le había tocado vivir a Juan José Languet, obispo y académico de prestigio, que debía armarse de valor para atreverse a escribir sobre los extraordinarios carismas de una monja a quien Jesucristo revelaba los ardientes deseos de misericordia que desbordan su Corazón para con los pobres pecadores. Sus amigos bienpensantes intentaron disuadirle y, pues se había comprometido a escribirla, le instaban cuanto menos a no firmar con su nombre. Enterada de ello la audaz hermana De Fargues, antigua novicia de santa Margarita, le escribió desde Paray: «*Si Dios Padre permitió que el nombre de su amado Hijo Jesús fuese puesto sobre la Cruz, su Ilustrísima no debe temer poner el suyo a la cabecera de su libro, por cruces y contradicciones que puedan sobrevenirle*». Monseñor Languet las aceptó por anticipado.

Tras quince años de intermitente redacción, aparecía por fin en 1729, la *Vida de la venerable Madre Margarita-María, religiosa de la Visitación de Santa María, del monasterio de Paray-le-Monial, en Charolais, muerta en olor de santidad en 1690, por Juan José Languet, obispo de Soissons, de la Academia Francesa*. Estaba dedicada a la esposa de Luis XV, la piadosa María Leszczyńska, quien patrocinó la impresión e impulsó su difusión. Esta reina conocía bien la devoción del Corazón de Jesús, pues, jovencita de quince años, se había inscrito en su Asociación del monasterio de la Visitación



de su Varsovia natal, y ahora acababa de hacerlo con sus padres, reyes de Polonia, en la cofradía erigida en la iglesia de los jesuitas en Blois. El año anterior los canónigos de la catedral de Rouen celebraron una novena de misas en la capilla que habían dedicado al Corazón de Jesús, pidiéndole la pronta llegada de un delfín, que nacería al año siguiente en septiembre de 1729.

### «Me daré por satisfecho si puedo contribuir a hacer bien a los pequeños y sencillos»

COMIENZA su libro monseñor Languet con un extenso proemio, pensando más en sus aviesos objetores que en sus piadosos lectores, y lo justifica diciendo que «más vale exponerse a la crítica de los falsos sabios, que dejar en olvido las maravillas de Dios»; pues se propone «contar las gracias que ha derramado con profusión sobre una doncella que no tenía de destacable más que su propio fervor; pues Dios comunica sus gracias a lo que parece más pequeño y más despreciable a los ojos del mundo, para que no se le pueda disputar la gloria de sus maravillas y se reconozca más visiblemente que no se pueden atribuir a talento humano, sino a su sola voluntad y poder, y para que —como dice el Apóstol— «toda carne aprenda a humillarse delante del Señor y confiese de buena fe su nada y fragilidad».

Y prosigue citando a su tío Bossuet: «El hombre animal —como dice san Pablo— no quiere ni puede entender las maravillas de Dios, y se escandaliza de las admirables operaciones del Espíritu Santo en las almas... Para confundir en estos siglos a hombres esclarecidos que no tienen menos orgullo que sabiduría, no se contenta Dios con comunicar sus luces a las almas sencillas, como la virtuosa doncella cuya vida escribo, sino que añade a ellas otros prodigios sensibles, para que estas luces sean conocidas y respetadas, y para que las instrucciones que por ellas quiere dar al mundo lleguen a ser más ruidosas, y así es como Dios Padre se ha propuesto dar a conocer a los hombres la devoción al Corazón de su Hijo Jesucristo.»... «¡Qué importa que nos ataquen y contradigan espíritus incrédulos y faltos de religión, y críticos y curiosos, que se resisten a creer no menos que aquellos, con tal que Dios sea glorificado en la congregación de los santos! Los misterios de Dios —dice la Escritura— los esconde a los sabios y a los prudentes según la carne, en quienes domina el orgullo humano, y los manifiesta con bondad a los pequeños y a los sencillos. Para aquellos que la humildad y la confianza ha puesto en este nivel es para quienes escribo, y me daré por satisfecho si puedo contribuir a hacerles bien».

### «Con la devoción al Corazón de Jesucristo honramos el amor infinito con que Jesús se compadece de nuestras miserias.»

ANTE las dificultades que por aquellos días se habían puesto al libro de su amigo Galliffet, monseñor Languet pone el acento de la devoción en el Corazón de Jesús como representación del amor: «El objeto de esta devoción es el amor infinito de Jesucristo, Dios encarnado, para con su eterno Padre, y el amor infinito con que Jesús deseó nuestra salvación, que deseó con todo su corazón. Con esta devoción honramos la ternura también infinita de este Dios lleno de bondad, cuyo corazón se compadece de nuestras miserias; el gozo con que se alegra cuando volvemos a él después de nuestros descaminos, y la amargura y tristeza de este corazón tan sensible a los menosprecios y frialdades de los nuestros; amor del que nos dejó prenda preciosa en el misterio de la Eucaristía; este amor se nos hace sensible por la representación del Corazón de Jesucristo».

«El corazón y el amor son como sinónimos entre los hombres, que toman siempre la imagen del corazón por la representación más natural del amor, y por ello debe ser la de una devoción que se reduce toda al amor. Así como bajo el nombre y el símbolo de las Sagradas Llagas de Jesucristo, honra la Iglesia sus tormentos, así, con el mismo espíritu, la memoria de su amor se halla en la representación del Corazón adorable de Jesucristo.» Y resume: «Bajo el nombre de Corazón Sagrado de Jesucristo se entienden principalmente los deseos, afecciones y sentimientos que ocupaban el corazón divino sobre la tierra, y que le ocupan hoy en el cielo, ya sea en orden a Dios, por cuya gloria se hizo hombre, ya sea en orden a los hombres mismos, de quienes quiso hacerse hermano, y cuya salvación quiso procurar con su Encarnación y con su muerte... por los que su corazón está latiendo lleno de ternura, compasión y misericordia. Este es el objeto de nuestra adoración y del culto que sor Margarita nos enseñó a rendirle».

### «El Señor nos amó hasta el exceso. Este exceso de amor ¿no merece nuestro reconocimiento y ternura?»

PRECISADO su objeto, pasa luego Languet a señalar el fin de la devoción, que es: «excitar en nosotros las correspondencias de amor y ternura que nuestro corazón debe sentir a la vista de las misericordias incomprensibles con que nos ama el Corazón de Jesús. El Señor nos amó, y ¿cómo?, hasta el exceso. Este exceso de amor ¿no merece

nuestra admiración, reconocimiento y ternura? Si todo es admirable en Jesucristo, ¿hay algo que deba atraer más nuestra atención y fijar más nuestro culto que su amor?»

Nos expone qué es lo que pide Jesús a Margarita María: el amor reparador de un amor desconocido y ultrajado, algo que dice entienden sin problema los fieles sencillos:

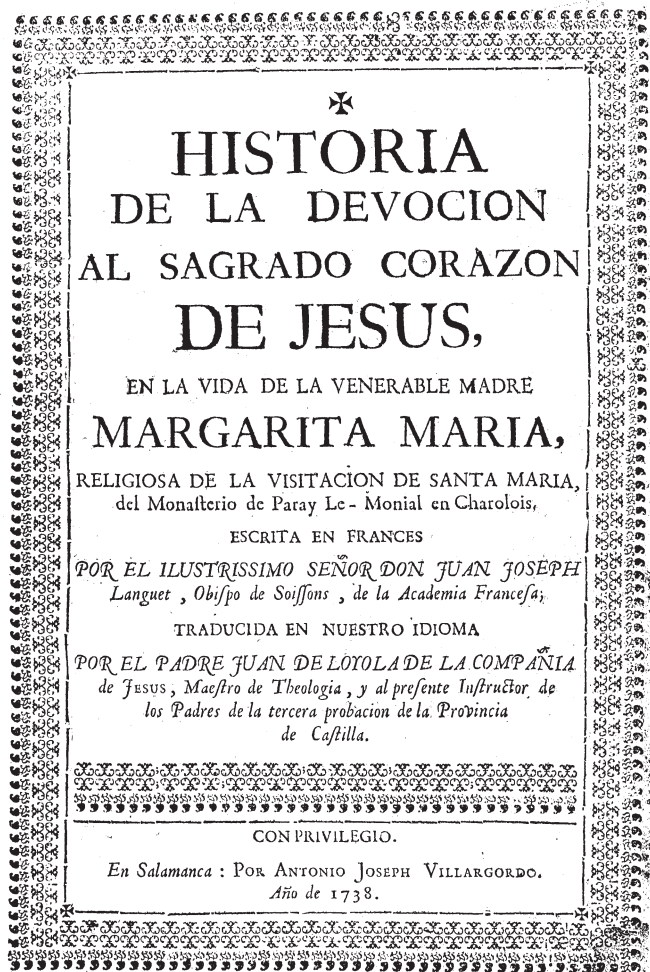
«Lo primero que debemos hacer es reconocer la ternura de Jesús para con nosotros, principalmente en el Sacramento del Altar, y corresponderle, haciendo cuanto podamos con alguna forma de homenaje, que le muestre nuestro amor recíproco y agradecido. Lo segundo ha de ser el reparar, según nuestros medios, los ultrajes e indignidades a los que se entregó por nosotros durante su vida mortal, y a los que aun ahora está también expuesto en el Santísimo Sacramento, y desagraviarle cuanto nos sea posible del poco reconocimiento que halla en sus propios hijos que no conocen este divino misterio, o que conociéndolo, le niegan y olvidan».

Dos siglos después el Magisterio de la Iglesia confirmará esta enseñanza mediante la encíclica *Miserentissimus Redemptor*, del papa Pío XI.

### Historia de la devoción al Corazón de Jesús en sus primeros cincuenta años

TRAS este amplio exordio, comienza Languet a narrar con detalle, y citando las fuentes en que se basa, la vida de la hermana Margarita María: su juventud y educación, su entrada en religión, las virtudes que practicó en el claustro y las contradicciones que sufrió. Transcribe luego las revelaciones de 1673 y 1675, recalcando el gesto de Jesús al descubrir su corazón, gesto que da todo el sentido a sus célebres palabras: «¡Mira este corazón que tanto ha amado a los hombres!» Es imposible —dice— no ver lo que él nos muestra y no comprender todo lo que él nos quiere significar. Apremiada por el fuego de su amor, nos muestra a Margarita María, consciente de que la devoción al Corazón de Jesús es para toda la Iglesia, ingenizando caminos y movilizándolo a todos sus amigos, para lograr que la Santa Sede la aprobara y propusiera con culto público. De haber sido, como dicen algunos despectivamente, una simple revelación de uso «privado», exclusiva para el particular consuelo de una monja, no sabríamos hoy nada del Corazón de Jesús.

Cuando el padre Hoyos leyó esta *Vida de la venerable madre Margarita María*, escribió a su maestro el padre Juan de Loyola para que la tradujera de inmediato, pero anteponiendo al título original el de



*Historia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, y así se publicó en España en 1738. Este título responde más exactamente al contenido de la obra, pues, como dice el padre Hamon, no sólo narra documentadamente la vida de la santa, sino que, sobre todo, expone y explica la devoción al Corazón de Jesús, tal como le fue revelada a su mensajera, cuya vida da a conocer como medio para difundirla. Languet escribe a los cincuenta años de las primeras revelaciones, cuando la devoción tiene ya su historia, una historia de entusiasta acogida por el pueblo devoto, y de lógica cautela y reserva por parte de la Santa Sede en tiempos de alumbrados y quietistas.

Monseñor Languet describe cómo la devoción se ha ido extendiendo de un modo tan providencial como inexplicable, pese a las contradicciones que ya la santa había anunciado iba a oponerle Satanás, furioso por el número de almas que intuía iba a perder por su causa. Así desgrana con detalle hechos que nuestros lectores ya conocen: las pruebas a que las superiores madres Saumaise y Greyfié someten a la hermana Margarita, sus desasosiegos por cumplir el encargo de Jesús; la certificación de su carisma por el padre La Colombière en el relato de la revelación en su Retiro, su tardía aceptación por la

comunidad de Paray, las tímidas iniciativas de las entusiastas hermanas de Dijon y Moulins; las prevenciones de la casa madre de las salesas en Annecy; las primeras peticiones de la fiesta a Roma, instadas por el padre Croisset por medio de la reina de Inglaterra María de Módena, el breve de Inocencio XII, el de Clemente XI... y, como, pese a la desafección en altas instancias, siempre hubo un celoso grupo de jesuitas que llevaron la devoción hasta las más lejanas tierras y se la inspiraron a sus neófitos, erigiéndose cofradías del Corazón de Jesús en «toda clase de iglesias, comunidades regulares y seculares, capítulos y catedrales.» Y concluye: «Dios ha querido que esta milagrosa propagación, al igual que los inicios de esta devoción, pareciera visiblemente ser obra suya, haciéndola triunfar por secretos resortes de su providencia de las contradicciones, de las críticas, y de la indiferencia de las almas tibias, al igual que había ya vencido por la humildad de una hija sencilla y sin apoyos, todos los obstáculos que habían surgido en su monasterio. Los poderes temporales, los motivos humanos y las intrigas políticas no han tenido parte alguna en ello».

**«La vida de esta admirable religiosa, escrita por uno de los grandes prelados del reino, levanta contradicción en París»** (padre Galliffet)

LA aparición del libro provocó reacciones encontradas: entusiasmo entre los devotos del Corazón de Jesús, silencio y algún raro elogio entre el alto clero galicano, despectivas críticas en los ambientes ilustrados, y feroces ataques en los medios jansenistas. Las censuras se dirigían tanto contra la obra como contra el autor, pues en última instancia, en su odio común frente a la devoción al Corazón de Jesús y contra monseñor Languet, hugonotes calvinistas, filósofos racionalistas, agnósticos ilustrados y libertinos ateos, coincidían con la enemiga jurada de jansenistas y galicanos. El padre Galliffet, consciente del afán de venganza de los sectarios jansenistas contra su autor, sale en defensa de su amigo y protector: «La vida de esta admirable religiosa, escrita por uno de los grandes prelados del reino, levanta contradicción en París, pero nadie ignora la causa del ruido. Se ataca más al prelado que a la memoria de la hermana Margarita. Si la hubiera escrito una mano menos ilustre, y menos odiosa a los partidarios de las novedades, no se habría producido mayor sensación que la causada por las vidas de otras esposas de Cristo en que los mundanos no han visto motivos de censura en que ocuparse».

Cada semana desde 1728 aparecía en París un

panfleto jansenista clandestino de cuatro páginas bajo el título de *Las noticias eclesiásticas*, denunciando las supuestas «villanías» de los católicos que llamaba constitucionales, es decir los fieles al papa. No se quería saber quien lo escribía ni quien lo imprimía, y se le hacía correr sigilosamente de mano en mano, lo que le daba mayor misterio e interés. *Las noticias*, que en cada página de cada número atacaba a Languet, sentenció: «Este libro es uno de los prodigios de ceguera reservados a nuestro siglo... ha suscitado una crítica universal... para referir los errores, blasfemias, absurdos, e indecencias de toda especie que contiene ese volumen, haría falta otro. Los lectores de novelas no se sentirán decepcionados».

En el *Diario* de Barbier se lee: «Monseñor Languet, obispo de Soissons, ha hecho la mayor tontería que podía hacer: escribir un libro con la vida de una religiosa de la Visitación en Paray-le-Monial, muerta en 1690, y se lo ha dedicado a la Reina. En el libro describe sus conversaciones con Jesucristo con expresiones muy vivas, que los lectores han llevado a mal. Esto ha bastado para que toda la Corte y la ciudad haya querido tener el libro, no habiendo más tema que el de María Alacoque, cuyo nombre casualmente ha gustado, y que ha motivado cien chismes a cual más ridículo sobre el obispo de Soissons, tanto en prosa como en verso.»

El bilioso y vengativo duque de Saint-Simon despectivamente aparenta resistirse a creer que un libro tal sea obra del ahora académico Languet, salvo que lo haya escrito —dice— por ambición al cardenalato, y escribe en sus memorias: «La vida de la miserable Alacoque, hecha por algún jesuita, y luego impresa bajo su nombre, no ha podido ser nunca adoptada por Languet como obra suya, si no es para intentar llegar a la púrpura por caminos que él ha creído seguros, y que no lo serán». Al ser nombrado monseñor Languet en 1731 arzobispo de Sens, *Las Noticias* arreció en sus críticas: «Por fin se ha desvelado el misterio. Era justo recompensar al autor de María Alacoque con un alto honor: Pelagio es ascendido al arzobispado de Sens».

Dos de los tres únicos obispos apelantes que quedaban en Francia, los más agresivos, el de Troyes y el de Auxerre, eran sufragáneos del arzobispado de Sens. Jansenistas pertinaces, se oponían tenazmente a la devoción al Corazón de Jesús, prohibiendo a los monasterios de la Visitación de sus diócesis erigir altares, instituir cofradías y celebrar su fiesta, y, alarmados ante la llegada de monseñor Languet, proyectaron una carta al rey Luis XV reprochándole que hubiera nombrado arzobispo «al autor de de una obra tan escandalosa como la de María Alacoque, uno de los peores libros de este género, y que ha suscitado el rechazo público contra los excesos intolerables

de un escrito indigno de la gravedad de un obispo, tan contrario a la majestad de la religión, tan lleno de ideas absurdas y ridículas y de expresiones indecentes, que se ha convertido en la habladuría de la plebe, la burla de la gente de mundo y el escándalo de los piadosos oídos.»

Un clásico diccionario de teología católica del siglo xx, en el artículo «Languet», al que dedica tres páginas, tras reseñar una docena de sus obras, se limita a decir sobre ésta, como de pasada: «El otro escrito dedicado a la reina María Leszczynska es la *Vida de la venerable Madre Margarita María...* cuyo prefacio, sobre las vidas milagrosas de los santos, merece ser leído aun hoy. La biografía de la santa es de primera mano... a despecho de los ataques del siglo xviii y de las burlas de los que se dicen adversarios del “cordicolismo”, la obra de Languet es interesante».

**«Nos hace sentir la gozosa emoción con que el Corazón de Jesús agitaba Paray-le-Monial en la aurora de su devoción.»**

**P**OR el contrario, el padre Sáenz de Tejada, S.I., en su *Bibliografía del Sagrado Corazón* escribe del libro de Languet: «Es la primera historia larga y concienzuda de la santa; clásica, culta y bien documentada en las mismas fuentes originales, y de mucha autoridad. Fue celeberrima y muy impugnada por los enemigos de la nueva devoción». Y se impone el juicio del reconocido historiador de la devoción al Corazón de Jesús, el jesuita padre Hamon: «La vida de la madre Margarita María no sólo es una de las mejores biografías compuestas en el siglo xviii, sino que tiene un influencia real sobre la devoción al Corazón de Jesús, pues no sólo la propaga, sino que la explica; la humilde visitandina anima sus páginas y las impregna del perfume de su alma, y su lectura nos hace vivir y sentir la gozosa emoción con que el Corazón de Jesús agitaba Paray-le-Monial y la Borgoña en la aurora de su devoción. Basta con leerlas para revivir

los días de gracia de 1675 y 1688, recibir sus rayos de alegría y gozarse con sus riquezas de esperanza. Es el mérito del libro de Languet, mérito único». Tan es así, que al cabo de tres siglos, esta emoción continúa embriagando al lector de los amarillentos folios de su traducción española del padre Loyola, impresa en Salamanca en 1738, cuya copia se ofrece a quien desee compartir este gozo y se dignare solicitarla a la dirección de la revista, y que, según fuera el número de interesados, reproduciríamos de una u otra forma.

Murió monseñor Languet, verdadero amigo del Corazón de Jesús, el 11 de mayo de 1753 a la edad de setenta y cinco años, doce antes de que sus desvelos culminaran con la aprobación de la devoción por la Santa Sede, fiesta que celebraría con sus amigos Galliffet y Croisset en el cielo. El *Summarium* publicado en Roma en 1864 dice bien de él: «Monseñor Juan José Languet, el Martillo de los Herejes, obispo primero de Soissons y luego arzobispo de Sens, hombre, como dice Benedicto XIV, doctísimo y erudito, prelado de ardiente celo pastoral».

Fiel a santa Margarita, Languet no se limitó, como otros, a exponer el aspecto individual de la devoción al Corazón de Jesús, sino que guardó para el final su dimensión social, y así concluye el libro con un anexo transcribiendo las *Actas concernientes al establecimiento de la fiesta del Corazón de Jesús en la ciudad de Marsella, y deliberación de los ilustres regidores de la ciudad, que contiene el voto por haberla librado Dios de la peste*, hechos de los que ya ha dado extensa cuenta en el libro VII de la *Vida*, narrando cómo la expansión de la devoción en Francia se debió en gran parte a la inspiración de la visitandina sor Magdalena Remuzat, secundada por su celoso obispo monseñor Belsunce, quien en 1720 y 1722 libró a su ciudad de Marsella de la peste mediante el voto de sus autoridades y magistrados en solemnes procesiones y consagraciones de la ciudad y de la diócesis al Corazón de Jesús, y como así comenzó a celebrarse su fiesta por toda la Provenza. De ello trataremos, Deo volente, en el próximo artículo.





PONTIFICIUM CONSILIUM  
DE CULTURA

Ciudad del Vaticano, 27 de enero 2005

Prot. N° 106/2005

Muy apreciado Profesor Francisco Canals Vidal:

He recibido con mucho agrado el obsequio de su reciente publicación: *Tomás de Aquino, un pensamiento siempre actual y renovador*.

Cómo agudamente señala, en diversos ambientes intelectuales, se percibe un prejuicio infundado respecto al *tomismo*, identificado como ~~doctrina estaticista~~ en el campo metafísico y *heterónoma* en el campo de la ética (cfr. pags. 115ss). Con esta miopía se desacredita, no sólo la filosofía y la teología del Doctor Angélico, cuánto la realidad existente. Desde esta deformación se dice: Todo es ilusión, todo es auto producción inmanente, contingente. Todo es, sin atreverse a decirlo: absurdo. No es el *tomismo* el que está en juego, cuanto la capacidad del hombre de llegar a conocer la Verdad, sin esta certeza cognoscitiva es imposible escapar a la desilusión o a la alienación de la vida. Renunciando a conocer el puerto de llegada, la barca de navegación deviene insulsa. El rechazo a penetrar el sentido de lo existente, no es otro que la dramática impotencia de trascender más allá de lo subjetivo.

Aprecio por ello su convicción que el deseo creciente e ilimitado de felicidad, es y sigue siendo la-huella de un destino Verdadero, Bueno y Bello para el hombre, que éste no puede dejar de apetecer (cfr. pag. 118). Evangelizar el deseo del hombre supone conocer tanto el deseo como el destino mismo del hombre. De ahí que su esfuerzo por presentar de manera sintética y actual el pensamiento del Aquinate (cfr. pags. 43ss), llega en un momento particularmente oportuno para el diálogo entre la fe cristiana y las expresiones históricas de este apetito: las culturas.

Reciba, querido profesor, mi sincero reconocimiento y gratitud por su intenso trabajo de sana reflexión filosófica, que sigue formando tantas generaciones de hombres dispuestos a dejarse conducir por la sabiduría de Santo Tomás, serena y vigorosa conciencia de que el Ser que sustenta las cosas no aliena sino libera. Junto a mi felicitación por esta publicación, le aseguro mi oración por su persona, familia y por todos los miembros de la *Schola Cordis Iesu*.

Con afecto en el Señor

PAUL CARDENAL POUPARD  
*Presidente*

Muy Ilustre Profesor  
Francisco CANALS VIDAL  
Schola Cordis Iesu  
Duran i Bas, 9 2on.  
08002 Barcelona, ESPAÑA.

*Secretario*

00120 CITTÀ DEL VATICANO TEL. (+39) 06 698.93811 FAX (+39) 06 698.87368 - 06 698.87165 e-mail: cultura@cultr.va



## Pequeñas lecciones de historia

### San Vicente contra el jansenismo: «Roma locuta»

GERARDO MANRESA

**D**os damas de la aristocracia parisina, la princesa de Guemené y la marquesa de Sablé, tenían por confesores al abate de Saint-Cyran y al padre De Sesmaisons, jesuita, respectivamente. La marquesa comulgaba cada día por recomendación de su confesor, mientras que la princesa lo hacía de tanto en tanto. Ambas, que eran amigas, se criticaban por sus conductas. Dicha discusión llegó hasta sus directores y hasta su círculo social. El abate escribió un pequeño tratado que pasó a su dirigida y, a través de su amiga llegó al jesuita, el cual lo contestó e hizo el recorrido inverso. Saint-Cyran lo leyó y se rasgó las vestiduras escandalizado de lo que llamó la moral relajada de los jesuitas. Su muerte impidió contestarlo, pero su discípulo Antonio Arnault lo hizo publicando el libro titulado *La comunión frecuente*.

En él se exponía la doctrina jansenista de forma inteligible a todos los públicos. El jansenismo dejaba de ser una tema de teólogos y pasaba a los salones de la aristocracia y familias importantes de París. Su éxito, por desgracia, fue muy grande; muy superior al *Augustinus* de Jansenio. Su estilo polémico encendía pasiones en los salones y sacristías y, para colmo, 16 obispos y 20 doctores de la Sorbona lo respaldaron con su aprobación.

Para Arnault «la Eucaristía es un alimento, no una medicina, es un testimonio del amor de Dios, no un medio para llegar al amor de Dios». La comunión semanal es el «premio de la virtud más perfecta que se puede dar» y «sólo para aquellos que tienen aversión al pecado venial». Los sacerdotes «no deben decir la misa ni muchas ni pocas veces, ningún sacerdote, por perfecto que sea, deja de tener miserias, lo cual le impide, de cuando en cuando, celebrar misa».

Con relación a la penitencia decía que «abstenerse de comulgar es la parte más importante de la penitencia y una buena preparación para comulgar dignamente» y añadía, «si alguien, movido por el dolor de sus pecados, se sintiera movido a prolongar esta penitencia durante toda la vida, tal inclinación sería muy de alabar, y puede considerarse como una gracia muy importante de Dios».

El efecto de este libro fue fulminante y en poco tiempo disminuyeron en las iglesias de París las comuniones, incluso la pascual. Solamente en la parroquia de San Sulpicio, cuyos sacerdotes no eran nada afectos a la herejía, constataron que en el año 1648 se distribuyeron tres mil comuniones menos.

Los jesuitas salieron a la palestra escribiendo tratados para su refutación, pero la labor de Vicente de Paúl fue acudir a Roma para que se condenara el libro.

En 1647, Inocencio X condenó ciertos aspectos del libro, pero ninguno de ellos se refería a la gracia. El

santo se alegró por ello pero no lo consideró suficiente.

En mayo de 1650, se celebró en París la Asamblea del Clero de Francia y Vicente de Paúl trabajó incansablemente para presentar una solicitud al papa para la condenación de los errores del jansenismo reducidos a cinco puntos. La voluntad del santo era que debían firmar todos los obispos para tener mayor fuerza ante el papa; ello no era fácil porque unos se habían adherido al libro *La comunión frecuente* y otros no lo consideraban oportuno. Sin desanimarse intentó conseguirlo y en julio del año 1651 tenía la firma de 88 obispos, dos tercios del total.

Junto con la victoria llegó la desilusión al ver que dos de sus mayores amigos, los obispos de Alet y Pamiers, personas con un celo apostólico grande, se habían dejado convencer y no consideraban oportuno acudir a Roma en aquel momento. Ellos junto con otros dos obispos fueron los que más resistieron a Vicente de Paúl. Otros once obispos se dirigieron al papa con una súplica para que se aceptara la doctrina de las cinco proposiciones.

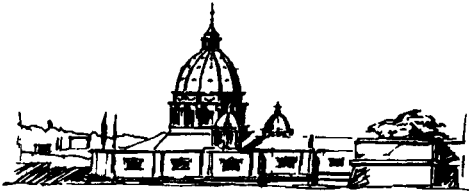
A Roma, en mayo de 1652 llegaron, pues, las dos súplicas; Vicente de Paúl, desde París, velaba por sus validos. Después de un año, en junio de 1653, aparece la bula *Cum occasione* en la que se condenan las cinco proposiciones del libro de Jansenio.

«¡Bendito sea Dios, porque ha inutilizado todos los esfuerzos de los herejes y porque las almas gozan de la paz por medio del conocimiento de la verdad, que estas gentes se han empeñado en obscurecer! Esta fue la primera reacción de Vicente de Paúl, pero al mismo tiempo pedía que no se humillara a las personas para que «pudieran tragar la píldora» y reconciliarse con la Iglesia.

Singlin, escribe Gazier, historiador del monasterio de Port-Royal, predicó con voz muy alta su sumisión, con toda la autoridad que le daba la situación y su carácter. San Vicente de Paúl recibió de ello tal contento, que, por más alejado que estuviera por aquel entonces de Port-Royal, vino expresamente para abrazar y felicitar al orador. (...) Todos los señores de Port-Royal estaban acordes en condenar el mal sentido de las cinco proposiciones.

La paz reinó por algún tiempo, pero Arnault y otros cabecillas convencieron a muchos de que las cinco proposiciones no se encontraban en Jansenio o acaso tenían otro sentido: la cuestión del hecho y del derecho.

Para Vicente el tema ya estaba sentenciado. Mientras Roma no se definió la caridad y la moderación eran la táctica, siempre que la fe no estuviera por en medio, pero «cuando el pleito está sentenciado, no cabe más acuerdo que someterse a la sentencia. (...) No nos queda otro recurso que orar a Dios por su conversión».



# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## Las reliquias de santa Margarita María visitarán España

**D**ESPUÉS de haber viajado ya a múltiples países de todo el mundo, las reliquias de santa Margarita María, mensajera del Corazón de Jesús, pronto llegarán a España con el fin de despertar de nuevo la adormecida devoción de nuestra patria al Corazón divino del Señor.

Este viaje, providencialmente dispuesto por la sabiduría divina, será ocasión propicia para reavivar la esperanza sobrenatural del reinado del Sagrado Corazón en nuestra tierra, cumpliendo lo prometido al P. Hoyos, viendo en esta esperanza el único remedio a la apostasía social promovida oficialmente por los poderes públicos y el laicismo social difundido por los medios de comunicación y que tantas pérdidas de fe ha provocado.

El motivo del viaje debe asimismo enmarcarse en la celebración del Año de la Eucaristía dispuesto por el papa para la Iglesia en 2005, vinculando directamente la devoción al Santísimo Sacramento con la devoción al amor misericordioso del Corazón de Jesús, tal como éste la reveló en Paray-le-Monial y nos enseñó santa Margarita María: «Tengo sed ardiente de ser amado por los hombres en la Eucaristía», resaltando cómo el culto de adoración y reparación al Corazón de Jesús en la Eucaristía es precisamente el medio que él nos pide para corresponder a su amor ignorado y despreciado por tantos y tantos hombres de nuestro tiempo.

El itinerario de las reliquias, previsto para el mes de junio, aún no ha sido concretado al detalle pero se centrará en los tres lugares de particular significación en la historia de la devoción al Corazón de Jesús en España: el templo del Sagrado Corazón de Jesús del Tibidabo, declarado Templo Expiatorio Nacional de España en el Congreso Eucarístico de Madrid de 1911, «para que también los españoles tuviéramos nuestro Montmartre», el Santuario del Cerro de los Ángeles en Getafe (Madrid), monumento al Corazón de Jesús en el centro geográfico de España ante el que se hizo la consagración real de nuestro país al Sagrado Corazón en 1919, profanado y destruido el primer viernes de agosto de 1936, y el santuario de la Gran Promesa de Valladolid, donde el venerable novicio jesuita Bernardo de Hoyos, confidente del Corazón de Cristo, recibió la

esperanzadora promesa de su reinado en nuestra patria y desde donde se extendió su devoción por todas las Españas. Finalmente, las reliquias recorrerán, por especial deseo de las religiosas de los monasterios de la Visitación en España de venerar las reliquias de su entrañable santa hermana Margarita María, todos los conventos que así lo han solicitado.

## Muere sor Lucía

**E**L pasado 13 de febrero, a los 97 años de edad, fallecía la última superviviente de los tres pastorcillos a los que, en 1917, se les apareció la Virgen María en las inmediaciones de Fátima.

Tras la muerte de Jacinto y Francisca apenas tres años después de las apariciones, Lucía se convirtió en la encargada de transmitir el mensaje de la Virgen revelado en Fátima, velando porque las peticiones de la Señora se cumplieran del modo previsto. En 1948, Lucía ingresó en el Carmelo de Santa Teresa, en Coimbra, donde ha ido entregando su vida día a día como víctima de amor y reparación al Señor hasta que éste le llamó definitivamente a su lado el domingo 13 de febrero.

## La prueba del carbono 14 fue errónea

**N**UEVOS descubrimientos realizados en la Sábana Santa de Turín desmienten la datación medieval de la Síndone realizada en 1988 mediante la prueba del carbono 14. La AMSTAR –The American Shroud of Turin Association for Research– anunció, de acuerdo con las investigaciones del profesor Raymond N. Rogers, que dicha prueba no se hizo sobre el lienzo original sino sobre una zona retejada sobre ella, llevando a una datación errónea.

Rogers, miembro del «Los Alamos National Laboratory» de Nuevo México afirma que «exámenes químicos indican que el lino de la Sábana Santa en realidad es muy antiguo, mucho más que la fecha radiocarbónica publicada en 1988» y que existe una evidente «diferencia entre la muestra utilizada para el análisis al radiocarbono y la parte principal de la Síndone».

La aportación de Rogers no ha dejado de suscitar

debate. El pasado 22 de enero, en un artículo del diario italiano «Avvenire», monseñor Giuseppe Ghiberti, presidente de la Comisión para la Síndone de la diócesis de Turín declaró que «la doctora suiza Mechtild Flury-Lemberg ha examinado el lienzo con mucha atención y no ha visto absolutamente ninguna señal de añadido textil». De acuerdo con monseñor Ghiberti, «se quitó también el revestimiento y por primera vez en quinientos años vimos la parte posterior del lienzo: no hay ningún signo de remiendo. Y además una reconstrucción se hace sólo donde hay un hueco, mientras que la muestra se tomó de una zona de ángulo, donde es irrazonable pensar en cualquier entretejido medieval».

Al respecto, Rogers invita a mirar las fotografías en fluorescencia a ultravioleta disparadas por Vern Miller en 1978. «Enseñan la zona del muestreo como una zona oscura –aclara– y ello demuestra que la relativa composición química no era la misma del paño principal. La zona oscura no es el resultado de suciedad o de una sombra. Puedo explicar la fluorescencia en gran detalle, pero está basada completamente en la composición química». Por tanto, puede concluirse que los análisis realizados en 1988 con el método del radiocarbono han dado resultados infundados porque la muestra examinada no estaba compuesta sólo por hilos originales de la Síndone, sino también por hilos añadidos sucesivamente, algo que no aparece a la simple observación del ojo.

### Asedio fundamentalista a los católicos

**E**l obispo católico de Amravati, en el estado indio de Maharashtra, ha denunciado las amenazas de muerte y el asedio que fundamentalistas hindúes están sometiendo al pueblo de Rajura, cuyos habitantes, tribales (adivasi), son todos católicos.

Rajura es el único pueblo católico de la zona. «Todos los habitantes son católicos, muy pobres y analfabetos, en su mayor parte agricultores, pero su fe es muy firme», explicó el obispo Edwin Colaço. Y por eso pesa ahora sobre ellos la amenaza literal de morir a golpe de espada si no se reconvierten al hinduismo.

Para el obispo Colaço se trata de algo «bien planificado por la Convención religiosa hindú». Durante un encuentro convocado por las autoridades hindúes, «el *munni* (un santón hindú), que conocía detallada-

mente la situación de Amravati urgió a los vecinos hindúes a «matar a los cristianos tribales con “la espada”». Finalmente, el *munni* envió a un grupo de seguidores fanáticos al pueblo para obligar a los católicos adivasi a acudir al encuentro. «El grupo fue al pueblo cristiano en jeep, llevando espadas y gritando consignas extremistas aclamando el hinduismo. Pero a su llegada sólo encontraron a las mujeres, pues los hombres estaban en los campos trabajando. Amenazaron con matarlas si no les seguían al encuentro hindú. Aterrorizadas, subieron a los jeep y fueron llevadas a la fuerza ante el *munni*».

Alarmado por los sucesos, el prelado afirma que «la situación es muy seria»: «el *munni* ha amenazado a los habitantes de los pueblos vecinos con el alejamiento de la comunidad y una multa de diez mil rupias si mantienen cualquier contacto con los tribales cristianos», actitud que perjudica gravemente a los católicos ya que éstos dependen de los hindúes para su trabajo y, si son marginados, no tendrán medio alguno de subsistencia. «Peor aún –añade el obispo–, muchos adivasi tienen hijas y hermanas casadas con hindúes y viven en otros pueblos. Ahora los fundamentalistas han prohibido cualquier contacto con sus familias».

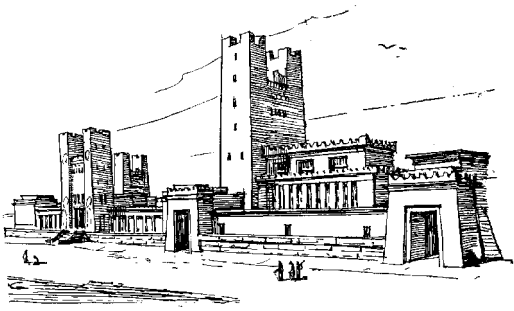
Con la ayuda de sus sacerdotes locales, los habitantes finalmente han redactado una denuncia y la han entregado a la policía pero han sido obligados a retirarla tras recibir graves amenazas de los fundamentalistas. El obispo Colaço ha escrito al Ministerio del Interior y al primer ministro de Maharashtra solicitando una investigación sobre el crecimiento de la violencia contra los cristianos de Amravati. Además ha pedido la intervención de la Conferencia Episcopal india.

### La Suma teológica de santo Tomás, en formato digital

**P**róximamente verá la luz una nueva edición de la *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino, preparada por la BAC y las provincias dominicanas de España, en el nuevo formato digital con el fin de acercar a teólogos, estudiosos e investigadores a «esta imprescindible obra de consulta». El CD-Rom presenta un índice sobre el que se puede pulsar para seleccionar el apartado deseado y permite realizar búsquedas rápidas de términos o conceptos que aparecen a lo largo de la Suma.







## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT  
y SANTIAGO ALSINA CASANOVA

### Distensión en Tierra Santa y lucha por la tierra en el horizonte

**L**A reciente desaparición de Yasser Arafat y la elección de un nuevo líder palestino, Abú Mazen, menos marcado por un pasado terrorista, parecen abrir nuevas perspectivas en Tierra Santa. En efecto, los gestos conciliatorios por parte del primer ministro israelí, Ariel Sharon, impensables hace tan sólo unos meses, son ya una realidad. La reciente cumbre de Sharm el-Sheik, en la que ambos dignatarios, con la mediación del presidente egipcio Hosni Mubarak y del rey de Jordania Abdullah, acordaron reiniciar las negociaciones para llegar al cese de hostilidades entre árabes y judíos, ha sido el primer paso efectivo en este sentido desde la llegada al poder de Sharon.

Estamos pues ante una nueva fase de distensión en la que, como en otras ocasiones, se abren grandes esperanzas... que finalmente quedan en nada. En concreto, la gran piedra de toque ha sido, es y con una gran probabilidad será la cuestión de Jerusalén, la ciudad santa para cristianos, judíos y musulmanes. Mientras la Iglesia mantiene su posición de reclamar un estatuto internacional que garantice el acceso a los fieles de las tres religiones a sus lugares santos, tanto judíos como musulmanes se niegan a compartirla. Pero sin llegar a tan espinoso tema, la incipiente distensión se enfrenta ya a serios problemas que amenazan con acabar con su corta vida.

En primer lugar, la falta de autoridad *ad intra* del presidente palestino Abu Mazen, quien a duras penas puede controlar a los grupos terroristas palestinos partidarios de la lucha armada sin concesiones. Así, el día después de la firma de los acuerdos de Sharm-el-Sheik, entre los que se incluía el alto el fuego como parte indispensable del acuerdo, el grupo Hamas atacó a soldados israelíes, dejando patente que no se sentían obligados por el acuerdo alcanzado.

Pero aún peor es la situación entre las filas israelíes. La promesa de Sharon de desalojar los asentamientos posteriores a la guerra de los Seis Días ha provocado la oposición frontal del movimiento de los colonos. Estos colonos, sionistas religiosos, seguidores de las enseñanzas del rabino Kook (que

de la ortodoxia evolucionó hacia una singular concepción religiosa, muy deudora de las categorías cabalísticas) están firmemente convencidos de que la tierra de Israel, la tierra dada por Yahvé a sus padres, es sagrada en su materialidad. De esta tierra emanaría una sabiduría divina especial y única, de modo que sólo aquí un judío podría vivir realmente como buen judío y cumplir los preceptos exigidos por Dios. De aquí la defensa encarnizada por parte de estos colonos de cada palmo de territorio, pues no está en juego una cuestión de superficie sino de acceso a una vida espiritual superior y de cumplimiento de la voluntad de Dios. Los líderes de este colectivo, principalmente agrupados en el Partido Nacional Religioso, no sólo han mostrado su oposición a la evacuación de los asentamientos judíos, sino que han llamado a la desertión a los soldados encargados de ejecutarla, en lo que supone un reto sin precedentes a la política del sionismo judío que, hasta el momento, ha superado sus fracturas internas cuando debía enfrentarse a amenazas externas. El mentor ideológico de los colonos en nuestros días es el anciano ex Gran Rabino, Abraham Shapiro, quien ordenó recientemente a soldados observantes que se rebelen y no participen en la evacuación de unos ocho mil colonos de 25 asentamientos, veintinueve de Gaza y cuatro de Cisjordania. Las amenazas han seguido con la advertencia de los representantes del *Consejo de las Comunidades Judías en Judea, Samaria y la franja de Gaza*: «miles de soldados religiosos no podrán cumplir esas órdenes» le espetaron al comandante de las Fuerzas Armadas Israelíes, general Moshé Yaalón. El tiempo dirá si se trata tan sólo de una bravata o si, por el contrario, las fracturas que ya dividen al pueblo judío desembocan en un enfrentamiento abierto.

### Dios nos habla a través del tsunami

**A**NTE el maremoto de Extremo Oriente nos encontramos con diferentes perspectivas, cada una con diversas preguntas y respuestas. Porque, se mire como se mire, la gravedad de estos acontecimientos trasciende al hombre y le lleva a cuestionarse el porqué de muchas cosas.

Hemos contemplado cómo emergía una actitud ecologista e inmanentista, que llega a la conclusión de que la severidad del desastre podría haber sido mucho menor si se hubieran conservado en un estado saludable los manglares, los arrecifes de coral, los lechos de hierbas marinas y las turberas a lo largo de las costas que ahora están devastadas. Por otra parte, nos sorprende que, a pesar del enorme avance en tecnologías sofisticadas, éstas fueron completamente inútiles. En el fondo, este planteamiento no deja de estar fundamentado en una falta de reconocimiento de la pequeñez del hombre ante toda la Creación.

De hecho, estamos ante una muestra más de la debilidad del hombre frente a la inmensidad del universo: a pesar de la gran confianza en la tecnología, el maremoto no pudo ser comunicado a tiempo por el U.S. Geological Survey –el organismo estadounidense que vigila ese tipo de accidentes geológicos– a los países del océano Índico para que pudieran tomar medidas oportunas para salvar vidas. Mientras que los mercados de valores reaccionan instantáneamente ante los acontecimientos, se han tardado días en poder establecer cuántos murieron y cuántos han quedado sin hogar. El tsunami nos enseña que no vivimos en una era de la información basada en la «conectividad» sino en la ignorancia, en la exclusión y la incomunicación. La revolución de las tecnologías de la información ha evolucionado para servir a los mercados, pero ha dejado de lado las necesidades de la gente.

Otra actitud que ha aflorado ha sido la de la solidaridad surgida entre las diferentes naciones del mundo. Actitud loable en muchos casos, aunque hipócrita y falsa en tantos otros. Muchos tratan de dar respuesta a la omnipresente propaganda mediática que no busca más que la escenificación de la hipo-

tesis social. Habría que recordar que el maremoto de Extremo Oriente ha provocado una mortandad acongojante, aunque desde luego muy inferior a la constante mortandad que desatan plagas, hambrunas y guerras tribales, por no hablar de la gran plaga de nuestro tiempo, el aborto. La verdadera compasión y solidaridad necesita un rostro concreto en la que poder reflejarse y no vuelca sus esfuerzos solamente hacia las regiones antípodas.

Las visiones ecologista, inmanentista y tecnológica sólo saben leer el sufrimiento como sufrimiento, sin esperanza ni solución, porque ven que el mal prospera sin castigo y que el daño es gratuito y sin sentido. El cristiano, ante esta perspectiva, conoce, siente y ve a Dios providente cuya mano cuida y sabe sacar el bien para los hombres, incluso de las situaciones más dolorosas y trágicas en que le colocan los acontecimientos desastrosos de la naturaleza, así como de su maldad y de su falta de sabiduría. Ante estos sucesos, Dios reclama al hombre conversión y que ponga su corazón mirando hacia él, sabiendo que le cuida y que le bendice.

La respuesta de la concepción cristiana surge de la afirmación de la ruptura inicial del hombre y Dios que narra el Génesis. Ruptura sólo posible porque el hombre creado libre, en el uso de esta libertad, proclama su soberbia buscando en el conocimiento del mal su equiparación con el Creador. Una ruptura inicial que se repite en la historia humana. Ahí radica el origen del daño moral y físico y su desarrollo histórico.

Pidamos al Dios providente que nos ilumine y nos enseñe el verdadero camino que nos va marcando con los diferentes acontecimientos que se suceden en nuestro mundo, ya que, ahora más que nunca, debemos recordar que Dios habla a la humanidad a través de hechos concretos que se suceden día a día.

## La unificación política, signo de desintegración

Uno de los más evidentes síntomas de desintegración es el presentado por un fenómeno de la última etapa de toda la declinación y caída, cuando la civilización que se desintegra consigue una prórroga gracias a su sometimiento a una unificación política forzosa, dentro de la estructura de un «estado universal». Para un occidental a quien le interese la historia, el ejemplo clásico de estado universal, en este sentido especial del término, es el Imperio romano, al cual la Sociedad Helénica quedó agregada por la fuerza, en la penúltima etapa de su historia, inmediatamente antes del interregno en que desapareció, y en que surgió a la vida nuestra Civilización Occidental.

ARNOLD TOYNBEE: *Estudio de la historia*



ANTONIO GONZÁLEZ

*El padre de la juventud. Don Bosco, palabra y ejemplo*  
Editorial CCS  
Madrid 2004

**S**AN Juan Bosco es el santo de los jóvenes. Aparte de la obra que llevó a cabo, cuyos frutos aún son de admirar en nuestra época, su misma vida tiene un atractivo especial que la hace especialmente amable para los adolescentes y jóvenes. Además Antonio González, que continúa en este librito lo iniciado en *El joven Bosco*, nos acerca a la figura del fundador de los salesianos a partir de sus escritos. Por eso, a lo largo de todo el libro vamos escuchando al mismo san Juan Bosco y seguimos su vida narrada en primera persona.

Don Bosco es un santo ejemplar por muchas cosas, entre otras porque guiado por Dios supo acercarse al corazón de los jóvenes; porque desarrolló una pedagogía preventiva en la que primaba el amor, y a través de obras como el Oratorio, fue testigo de cómo cambiaba el corazón de muchos jóvenes. En este librito, en el que se consigue comunicar de forma amena y sencilla lo mejor de su espíritu, se recogen algunos de esos ejemplos.

Muy recomendable para que lo lean adolescentes, jóvenes y también mayores (especialmente si se dedican a la educación). Es uno de esos libros que consiguen que el lector lamente su brevedad.

PALOMA BLANCO

PAUL AUSTER

*La noche del oráculo*  
Anagrama, Barcelona, 2004  
Trad.: Benito Gómez Ibáñez

**I**NGENIERÍA y estética: éstos son los dos sustantivos con los que podríamos describir esta novela. Aun que, está claro que no es una narración sustantiva, sino una novela de espejos, de apariencias, una novela dentro de otra novela, dentro, a su vez, de otra novela. Es un artefacto preparado para demostrar que el mundo es falso, una copia cuyo original nunca existió, es una fuga de significado, en la que el hombre lo único que puede hacer es intentar agarrarse inútilmente a algo de lo que sucede, aunque sólo sea por conseguir la escurridiza felicidad del instante.

Sin embargo, se agradece la sinceridad de los personajes y del escritor. Todos desean más —se ve, se percibe— pero este mundo sólo les da un menos. Los hombres perfectos, buenos, misericordiosos, no existen (Auster lo llama «El equipo azul»). Todos están manchados por el mal, todos han cometido algún crimen contra la humanidad. Nadie está a la altura del amor

que desea. Remembranzas del escenario dantesco de un Dachau liberado, recortes de prensa ilustrando atrocidades de madres con sus propios hijos, infidelidades conyugales, insatisfacciones existenciales que obligan a huídas de la propia vida, padres incapaces de amar a sus hijos, hijos que intentan dañarse a sí mismos y a los demás a modo de venganza... Las fatalidades y los crímenes se suceden creando un escenario en el que el autor parece que nos esté diciendo, como le hace decir a uno de sus personajes: esta novela es «el sitio exacto de la tierra donde la vida humana ha perdido su significación».

Para Auster no hay salida. No sirve de nada tomar conciencia de la situación y ponerse a trabajar. Ed, el único personaje de la novela que se considera conscientemente testigo de este holocausto al que ha llegado la humanidad, intenta crear la «Oficina de la Preservación Histórica», que, según él dice, «es la casa de la memoria, pero también el templo del presente. Juntando esas dos cosas en un solo sitio, me demuestro a mí mismo que la humanidad no se ha acabado». Es una demostración engañosa, meramente subjetiva y sentimental, que no convence ni a él mismo, ni a los demás, que le vemos morir dejando su obra inacabada.

Uno, leyendo este libro bien escrito y trabajado —¿cómo negarlo?— recuerda *La senda del tiempo*, una canción de los españolísimos y reivindicativos Celtas Cortos, que decía: «A veces llega un momento en que te haces viejo de repente, sin arrugas en la frente pero con ganas de morir...». La solución que nos da la misma canción a ese problema existencial dice así: «siento que algo echo en falta, no sé si será el amor». Auster ensaya la misma solución: la única solución a los problemas es el amor, que salva la distancia creada por los males que los unos van infringiendo a los otros. Sin embargo, el amor de sus personajes no salva la distancia porque se produzca un perdón consciente, sino que lo hace entregándose al olvido y al ensueño. Y eso le quita potencia y realismo a la historia, haciendo que venza un amor blandengue y lacrimógeno que nos deja con las ganas de otra cosa.

Leíamos hace poco un libro de Luigi Giussani titulado «Tú» (*o de la amistad*), que empezaba diciendo: «La apariencia efímera urge a una relación con el Infinito». El vértigo que produce esta afirmación es la llave que abre la insatisfactoria falsedad de esta historia increíble. Porque la belleza sin verdad es la rampa que nos arrastra al peor de los nihilismos. Sólo es signo el signo cuando apunta a un significado, y para lo máximo que da la creatividad humana es para crear signos, o signos de signos, o signos de signos de signos... Por eso esta novela no está mal como ejemplo de obra inacabada.

EVAN McIAN



## emos leído

ALDOBRANDO VALS

### Los «papas» mediáticos

*James Hitchcock, el editor de la revista norteamericana Touchstone, aborda en su último editorial, del que reproducimos un fragmento, el creciente papel de algunos medios de comunicación que se arrojan el derecho a ordenar la vida interna de la Iglesia, rasgándose las vestiduras y exigiendo ciertos cambios como si en ello les fuera algo. No pretenden reformar la Iglesia, en la mayor parte de los casos ni siquiera pertenecen a ella; su objetivo es amoldarla a las exigencias del Estado democrático y laicista, y si con ello consiguen debilitarla, pues mucho mejor. Si esto ocurre en Estados Unidos, ¿qué decir de Europa, y más en concreto de España, vanguardia del laicismo más anticristiano?*

Ya hemos denunciado la creciente tendencia de los tribunales a tratar la libertad religiosa como meramente libertad de llevar a cabo una serie de ritos y ceremonias, negando consecuentemente el derecho de una comunidad religiosa a ordenar su propia vida y a participar en los asuntos públicos. Esta es la ideología de la «clase ilustrada» cuyo fin no es ya solamente la exclusión de los cristianos ortodoxos del espacio público sino también la eliminación de su autoridad en sus ámbitos privados.

En la polémica acerca de la decisión de algunos obispos de que los políticos pro-aborto no deberían recibir la comunión, los medios de comunicación tenían al menos una aparente excusa: la pretensión (aunque fuera falsa) de que los obispos no debían interferir en

política. Pero el hecho que ocultaban, y efectivamente negaban, es que la Iglesia tiene el derecho, aún más, la obligación, de definir sus propias condiciones de pertenencia.

La Iglesia católica sostiene que las mujeres no pueden ser válidamente ordenadas, que la actividad homosexual es moralmente mala, y que los políticos católicos no deberían promover el aborto y al mismo tiempo recibir la comunión, por tomar sólo algunos de los aspectos que recientemente han causado polémica. En efecto, los críticos de estas posiciones (incluso si no son católicos) reivindican su derecho a determinar quién debería ser ordenado, qué tipo de actividad sexual la Iglesia debería de considerar moral o quién debería ser admitido a la comunión.

Vemos pues aquí a la autodefinida «clase ilustrada» pretendiendo arrogarse el derecho a juzgar las creencias de otras personas, incluso cuando ni tan solo las entienden; una pretensión que claramente contradice los constantes sermones acerca del «respeto de las diferencias», de la constante e indiferenciada apelación a la «diversidad» y el «pluralismo» y los reiterados avisos acerca de los peligros de «imponer nuestros valores». Estamos, pues, ante una cuestión muy importante en lo que se refiere a la llamada libertad religiosa. Algunos juristas ya han señalado que no está claro que la libertad religiosa exista actualmente. Si hay algo que podamos llamar libertad religiosa, debe aplicarse a la Iglesia en su conjunto y no sólo a cada individuo. Pero esto es precisamente lo que la «clase ilustrada» se empeña en negar.

### Defender la fe contra el secularismo y el relativismo

*Si desde Estados Unidos se alerta de los ataques externos, desde Australia nos llega un texto que denuncia los ataques que vienen desde lo que parece el interior de la Iglesia. En su escrito publicado en la revista AD2000, valiente y cargado de fuerza, monseñor Kevin Manning, obispo de Parramatta, denuncia una situación a la que ya muchos se han acostumbrado:*

Poco a poco se va imponiendo al común de los mortales la creencia de que la Escritura, la Tradición y las verdades católicas ya no deben de considerarse como dignas de autoridad y que los cristianos pueden encontrar suficientes criterios para su fe y su conducta en una conciencia separada de las enseñanzas de la Iglesia.

Muchos de entre nosotros nos hemos encontrado con católicos que hablan y actúan según el siguiente principio: «La Palabra de Dios, revelada por las Escrituras y desarrollada por la Tradición, ya no es reconocida como la autoridad suprema». Uno es tachado de fundamentalista si osa insinuar que algunos teólogos y eruditos se están apropiando de una autoridad que es propia del Papa y de los obispos. La consecuencia es que la estructura jerárquica de la Iglesia es reemplazada por una autodenominada elite intelectual democrática que, de hecho, suprime la voz del pueblo.

Otra cuestión es saber si una gran parte de la renovación llevada a cabo (o impuesta) desde el Concilio Vaticano II, no ha visto cómo la preferencia personal

suplantaba, en muchos casos, al Magisterio como interpretación suprema de la autoridad por parte de la comunidad cristiana. El esfuerzo evangelizador de la Iglesia ha sido frenado porque los individuos y las comunidades han hecho su propia interpretación de los textos del Concilio. La experiencia vivida se ha convertido en la fuente de autoridad del saber que gobierna las acciones y las decisiones, reemplazando así, más que recibéndolos, dichos documentos.

Otro aspecto insidioso para sembrar la incertidumbre y la confusión se da por la puesta en duda sistemática de la Revelación. Encontramos una buena ilustración en un cierto tipo de estudio «científico» de las Escrituras que lleva en sí la duda.[...] Esta incertidumbre y ambigüedad se han infiltrado en los estudios católicos bíblicos contemporáneos, socavando la claridad y la certeza necesarias para una vida cristiana ferviente. La gravedad de este fenómeno no puede ser subestimada.

#### LOS TEÓLOGOS DE RENOMBRE

Un problema similar aparece cuando teólogos de renombre y expertos que organizan «talleres de verano» y «seminarios de renovación teológica» se dirigen directamente a los fieles, induciéndoles a creer que sus opiniones y conjeturas poseen autoridad. [...] El resultado es que se da la impresión de que la verdad cristiana no puede ser perfectamente conocida o proclamada con autoridad, o que las autoridades que proclaman la verdad son incompetentes e inapropiadas.

[...]

Igualmente destructora de nuestra fe es la práctica consistente en proclamar medias verdades. Las ocasiones no faltan, cuando se enseña, cuando se predica, cuan-

do se discute, para no citar más que ciertos aspectos de la Palabra de Dios, aquellos que pueden ser fácilmente aceptados. [...] Nos explican *ad nauseam* cómo mejorar nuestra autoestima y sentirnos bien, pero casi nunca se habla de la realidad del pecado, de la necesidad de arrepentirse y convertirse. Se habla mucho de ser agradable y ser buenas personas, pero sugerido que se predique la verdad del Evangelio a aquellos que no conocen a Cristo y descubriréis que aparecen detractores por doquier que os preguntan que con qué derecho queréis hacerlo. Se nos anima a encontrar nuestra vocación por nosotros mismos, a tener nuestra propia opinión, pero nadie nos invita a «dejarlo todo y seguir a Cristo», a morir a nosotros mismos para vivir para Cristo.

Ocurre entonces que los aspectos exigentes e incómodos del Evangelio, la obediencia, la humildad y la sumisión a la voluntad de Dios, no son mencionados, siendo reemplazados por medias verdades que los hombres modernos aceptan fácilmente.

[...]

Las publicaciones de la Iglesia, normalmente destinadas a editar artículos cristianos y enseñanzas catequéticas, se convierten de hecho en instrumentos a favor de la causa de aquellos que quieren desacreditar la autoridad de la Iglesia. Quienes se oponen a sus tácticas son silenciados al ser denunciados como cerrados a la cooperación o reaccionarios. La renovación post-Vaticano II es un buen ejemplo. Los revolucionarios han impuesto su programa en nombre del Concilio hasta tal punto que el papa Juan Pablo II se ha visto obligado a sugerirles que, después de haber renovado la Iglesia, podían volver al punto de partida y leer los textos del Concilio. Los secularistas han sembrado frialdad moral e indiferencia en muchos

corazones y han conseguido influir a los legisladores a favor de su causa.[...]

#### INFLUENCIA

Su influencia puede ser detectada en el interior mismo de la Iglesia, si bien rechazan lo divino y afirman la autonomía del hombre. Como los marxistas, desacreditan la autoridad de la Iglesia y separan a los católicos de sus pastores y del Papa. Su objetivo es hacer la Iglesia inútil. [...]

Empiezan pidiendo la tolerancia para un comportamiento desviado, como por ejemplo la homosexualidad, haciéndolo aparecer aceptable. Su argumento es que las sociedades pluralistas no pueden actuar de otra manera. El comportamiento desviado se normaliza y las enseñanzas cristianas aparecen como anormales y son presentadas como una amenaza para las sociedades pluralistas.

Se pide entonces a los gobiernos y a las legislaciones que legitimen su punto de vista. Por ejemplo, se prohíbe a los padres que castiguen a sus hijos, mientras que los programas educativos permiten la presentación de las relaciones prematrimoniales, la homosexualidad y la masturbación como prácticas normales.

[...]

No es fácil oponerse a esta presión secularista. Para algunos parece inevitable permanecer callados sobre su fe y llegar a una componenda con esta tendencia. Sin embargo, el hecho de conocer esta influencia perversa nos permite mantenernos en guardia.

El papa Juan Pablo II insiste sobre el hecho de que el hombre no puede alcanzar su plenitud si no es gracias al Evangelio. Sólo Jesucristo libera a los hombres y a las mujeres de la esclavitud del pecado y les permite vivir como hijos de Dios.

RADIOMENSAJE DE PÍO XII EN LA NAVIDAD DE 1944

## El problema de la democracia

*Navidad de 1944. Su Santidad Pío XII emite por radio su sexto mensaje desde que comenzó la horrible guerra mundial. Como juicio pontificio acerca de la democracia, viene a resultar el más completo salido de la voz del Vicario de Cristo. Aunque no se trata de ninguna encíclica ni carta apostólica, sin embargo, ilumina a la luz de la doctrina católica el llamado «problema de la democracia».*

*A los sesenta años de aparecer en la revista CRISTIANDAD este radiomensaje, lo elegimos ahora por su actualidad reproduciendo unos fragmentos del mismo. Los puntos que se pueden destacar son resumidamente los siguientes: un nuevo orden político de carácter democrático viene a mostrarse como el más opuesto a aquel totalitarismo político que fue responsable del comienzo de la guerra. Esto supuesto, la democracia toma una preferencia por encima de aquellos regímenes como el más idóneo para evitar la repetición de un desastre de tal magnitud. Sin embargo, dice el papa, «es necesario recordar que, según las enseñanzas de la Iglesia, no está prohibido preferir gobiernos moderados de forma popular, salvando... que la Iglesia no reprueba ninguna de las varias formas de gobierno con tal de que se adapten por sí mismas a procurar el bien de los ciudadanos». Dichas enseñanzas estaban contenidas en la encíclica Libertas de León XIII. No es, pues, cierto que la democracia sea la única forma de gobierno aceptada por la Iglesia.*

*Pero dice más, dice: «salvando, con todo, la doctrina católica acerca del origen y el ejercicio del poder público». Por consiguiente, la aceptación de un gobierno moderado «de forma popular», esto es, lo que se llama democracia, conlleva que el origen y el ejercicio del poder no provienen del «pueblo» sino de Dios, como expresamente lo declaró León XIII en su encíclica Diuturnum illud.*

*Pero el papa se adentra en el contenido mismo de la democracia y afirma que el Estado ha de ser entendido como unidad orgánica y organizadora de un verdadero pueblo. El pueblo bien entendido se contrapone a la masa. «El pueblo vive y se mueve con vida propia; la masa es por sí misma inerte*

*y no puede recibir movimiento sino de fuera». En efecto, si el pueblo se convierte en masa y sólo se mueve al impulso de fuera se convierte en «jugete fácil en manos de un cualquiera que explota sus instintos o impresiones» y «de la fuerza elemental de la masa, hábilmente manejada y usada puede también servirse el Estado». «El mismo Estado, con apoyo de la masa reducida a no ser más que una simple máquina puede imponer su arbitrio a la parte mejor del verdadero pueblo».*

*Se encuentran en este radiomensaje principios verdaderamente fundamentales acerca del orden necesario para la armonía del Estado: afirma el Sumo Pontífice que dicho orden absoluto «no puede tener otro origen, a la luz de la sana razón y especialmente a la luz de la fe cristiana, que un Dios personal». Y de ahí la dignidad del hombre e incluso la dignidad del Estado.*

*Y de ahí, en conclusión, la afirmación central de este radiomensaje: «una sana democracia, fundada sobre los principios inmutables de la ley natural y de la verdad revelada será resueltamente contraria a aquella corrupción que atribuye a la legislación del Estado un poder sin frenos y sin límites, y que hace también del régimen democrático, a pesar de las apariencias contrarias, pero vanas, un puro y simple sistema de absolutismo». Este absolutismo de una democracia que no reconoce el derecho natural ni la verdad revelada es incomparablemente más despótico que la peor monarquía absoluta.*

*Quizá como reflexión final conviene tener en cuenta un dato: Pío XII aborda el tema de la democracia y reconoce incluso que se da ahora en el mundo una preferencia por este sistema y, sin embargo, no menciona ni una sola vez la existencia de partidos políticos que sean los detentores de la representación popular. Menos todavía afirma que exista una «voluntad general» que es lo que en realidad ocupa el lugar de las legítimas aspiraciones de los ciudadanos, como lo sostuvieron los fautores del liberalismo radical, Spinoza en el siglo xvii y Rousseau en el siglo xviii.*

*Quizá al Santo Padre le influyó la constatación*

*del desastre de la guerra para considerar que había llegado el momento en que las naciones, desengañadas de los falsos mitos de la supremacía del Estado, volverían los ojos hacia la Iglesia y dejarían de excluir desdeñosamente los principios morales evangélicos. Por ello concluía su radiomensaje con*

[...]

Apenas es necesario recordar que, según las enseñanzas de la Iglesia, no está prohibido preferir gobiernos moderados de forma popular, salvando con todo la doctrina católica acerca del origen y el ejercicio del poder público y que la Iglesia no reprueba ninguna de las varias formas de gobierno con tal de que se adapten por sí mismas a procurar el bien de los ciudadanos (León XIII, encíclica *Libertas*, 20 de junio de 1888).

[...]

Pero cuando se reclama más democracia y mejor democracia, una tal exigencia no puede tener otra significación que la de poner al ciudadano cada vez más en condición de tener opinión personal propia y de manifestarla y hacerla valer de manera conveniente para el bien común del pueblo y la masa. De esto se deduce una primera conclusión necesaria, con su consecuencia práctica: el Estado no contiene en sí ni reúne mecánicamente en determinado territorio una aglomeración amorfa de individuos; es y debe ser, en realidad, unidad orgánica y organizadora de un verdadero pueblo.

[...]

El Estado democrático, monárquico o republicano, como cualquier otra forma de Gobierno, debe estar investido con el poder de mandar con autoridad verdadera y efectiva. El orden mismo absoluto de los seres y de los fines, que presenta al hombre como persona autónoma —es decir, como sujeto de deberes, y de derechos inviolables— es raíz y término de su vida; única autoridad sin la cual no podría existir ni vivir. Porque si los hombres, valiéndose de su libertad personal, negasen toda dependencia de una autoridad superior, provista del derecho de coacción, por el mismo hecho socavarían el fundamento de su propia dignidad y libertad; o, lo que es lo mismo, aquel orden absoluto de los seres y fines establecidos sobre esta base común; la persona, el Estado y el Poder público, con sus respectivos derechos, están tan unidos o conexos que, o se sostienen o se destruyen juntamente. Y, puesto que aquel orden absoluto, a la luz de la sana razón, y especialmente a la luz de la fe cristiana, no puede tener otro origen que un Dios personal Criador nuestro, se sigue que la dignidad del hombre es la dignidad de la imagen de Dios; la dignidad del Estado es la dignidad de una comunidad moral que Dios ha querido, y

*una afirmación que hoy vemos de nuevo rechazada. «Si el porvenir está reservado a la democracia, una parte esencial de su realización deberá corresponder a la religión de Cristo y a la Iglesia mensajera de la palabra del Redentor y continuadora de su misión salvadora».*

que la dignidad de la autoridad política es la dignidad de su participación de la autoridad de Dios. Ninguna forma de Estado puede dejar de tener en cuenta esta conexión íntima e indisoluble, y mucho menos la democracia.

Por consiguiente, si quien ejercita el poder público la ve y, más o menos, la descuida, remueve en sus mismas bases su propia autoridad. Igualmente, si no da la debida importancia a esta relación, y no ve en su cargo la misión de actuar en el orden establecido por Dios, surgirá el peligro de que el egoísmo del dominio o de los intereses prevalezca sobre las exigencias esenciales de la moral política y social y de que las vanas apariencias de una democracia de pura fórmula sirvan, no pocas veces, para enmascarar lo que es en realidad lo menos democrático.

[...]

Una sana democracia fundada sobre los principios inmutables de la ley natural y de la verdad revelada será resueltamente contraria a aquella corrupción que atribuye a la legislación del Estado un poder sin frenos y sin límites, y que hace también del régimen democrático, a pesar de las apariencias contrarias, pero vanas, un puro y simple sistema de absolutismo. El absolutismo del Estado no hay que confundirlo con la monarquía absoluta, de la que ahora no hablamos, y consiste en el hecho, en principio erróneo, de que la autoridad del Estado es ilimitada y que frente a ella, aun cuando da rienda suelta a sus miras despóticas, traspasando los límites del bien y del mal, no cabe apelación alguna a una ley superior que obligue moralmente. A un hombre poseionado de ideas rectas sobre el Estado, la autoridad y el poder de que éste está revestido en cuanto que es custodio del orden social, jamás se le ocurrirá ofender la majestad de la ley positiva dentro de los límites de sus naturales atribuciones; pero esta majestad del derecho positivo humano es inapelable únicamente cuando se conforma, o al menos no se opone, al orden absoluto establecido por el Creador y presentado con nueva luz por la Revelación del Evangelio, y esa majestad no puede subsistir sino en cuanto respeta el fundamento sobre el cual se apoya la persona humana, no menos que el Estado y el poder público. Este es el criterio fundamental de toda forma de gobierno sana y aun de la democracia, criterio con el cual se debe juzgar el valor moral de todas las leyes particulares.

# CONTRAPORTADA

## La Iglesia, inspiradora y fautora de la civilización

La Iglesia, al predicar a Cristo crucificado, «escándalo y locura a los ojos del mundo» (1 Cor 1, 23), vino a ser la primera inspiradora y fautora de la civilización, y la difundió doquiera que predicaron sus apóstoles, conservando y perfeccionando los buenos elementos de las antiguas civilizaciones paganas, arrancando a la barbarie y adiestrando para la vida civil a los nuevos pueblos que se guarecían al amparo de su seno maternal, y dando a toda la sociedad, aunque poco a poco, pero con pasos seguros y siempre progresivos, aquel sello tan realzado que se conserva universalmente hasta el día de hoy. La civilización del mundo es civilización cristiana; tanto más verdadera, durable y fecunda en preciosos frutos, cuanto más genuinamente cristiana; tanto más declina, con daño inmenso del bienestar social, cuanto más se sustrae a la idea cristiana. Así que aun por la misma fuerza intrínseca de las cosas, la Iglesia, de hecho, llegó a ser la guardiana y defensora de la civilización cristiana. Tal hecho fue reconocido y admitido en otros siglos de la historia y hasta formó el fundamento inquebrantable de las legislaciones civiles. En este hecho se apoyaron las relaciones entre la Iglesia y los estados, el reconocimiento público de la autoridad de la Iglesia en todas las materias relacionadas de alguna manera con la conciencia, la subordinación de todas las leyes del Estado a las leyes divinas del Evangelio, la concordia de los dos poderes, del Estado y de la Iglesia, en procurar de tal modo el bien temporal de los pueblos, que no padeciese quebranto el bien eterno.

No es necesario decirnos, venerables hermanos, qué prosperidad y bienestar, qué paz y concordia, qué respetuosa sumisión a la autoridad y qué excelente gobierno se lograría y se mantendría en el mundo si se pudiera realizar totalmente el perfecto ideal de la civilización cristiana. Sin embargo, dada la lucha continua de la carne contra el espíritu, de las tinieblas contra la luz, de Satanás contra Dios, no es de esperar felicidad tan grande, al menos en su plena medida. Por esto, a las pacíficas conquistas de la Iglesia se van haciendo continuos ataques, tanto más dolorosos y funestos cuanto más tiende la humana sociedad a regirse por principios adversos al concepto cristiano e incluso a apostatar enteramente de Dios.

No por esto hay que perder el ánimo. La Iglesia sabe que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (cf. Mt 16,18); pero sabe también que tendrá en el mundo persecuciones; que sus apóstoles son enviados como corderos entre lobos; que sus seguidores vivirán siempre cubiertos de odio y de desprecio, como de odio y de desprecio fue saturado su divino Fundador. La Iglesia por esto avanza impertérrita, y mientras propaga el reino de Dios allí donde antes no fue predicado, procura por todos los medios reparar las pérdidas sufridas en el reino ya conquistado.

Pío X: *Il fermo proposito*  
(11 junio 1905)